

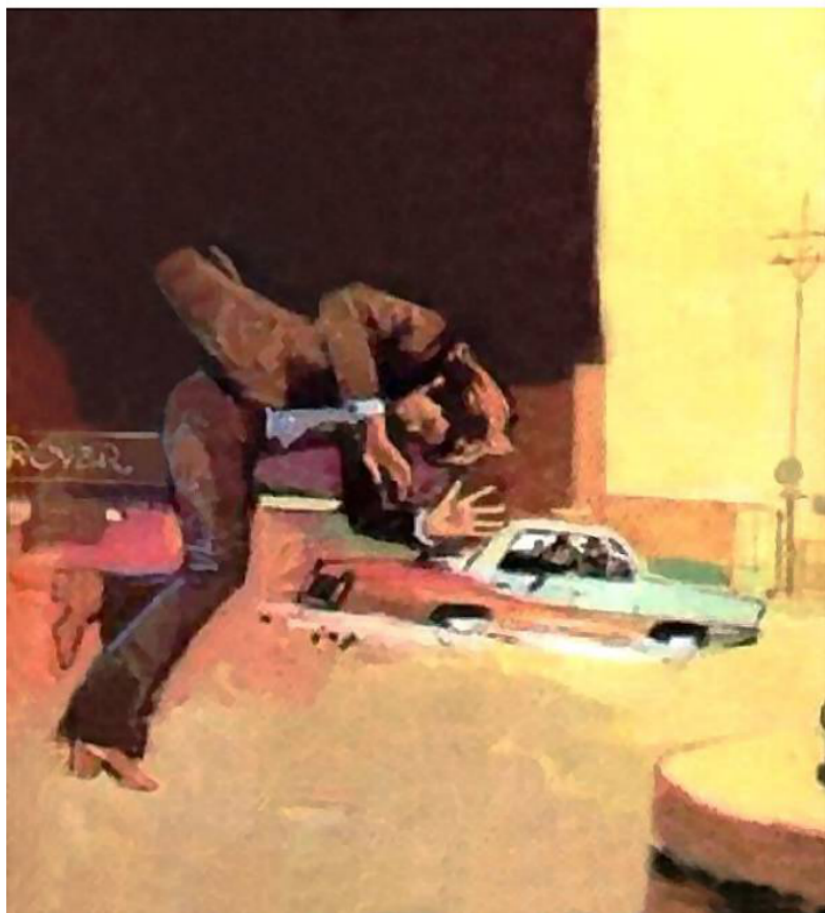
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

un funeral por todo lo alto

SILVER KANE



SS

**SERVICIO
SECRETO**



SILVER KANE

UN FUNERAL POR TODO LO ALTO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.372

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 36.622- 1976
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: noviembre, 1976

© Silver Kane - 1976
Texto

© Desilo - 1976
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1976

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319. -El *sheriff* y las viejecitas

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.365. -El asesino mejor pagado de EE. UU.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736. -Infierno: capital, Dodge City

En Colección KANSAS:

666. -Un buitre llamado Cox

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.014. -Demasiadas faldas en Wichita

En Colección ASES DEL OESTE:

502. -Ni más ni menos que un hombre

En Colección COLORADO:

637. -Jinetes de medianoche

En Colección CALIFORNIA:

751. -Todos esperaban la muerte

En Colección PUNTO ROJO:

753. -No lleves flores al muerto

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:

359. -Viaje tenebroso

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

78. -Mariposas negras

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

15. -Un «Colt», una mujer y un diablo

En Colección LA HUELLA:

80. -Manchas de sangre en los ojos

En Colección BRAVO OESTE:

827. -Un hermoso cementerio

CAPÍTULO PRIMERO

FLORES ROJAS

El conjunto de despachos de la firma Tobbs & Company, en la Cuarta Avenida de Nueva York, ocupaba toda una planta en el edificio Mirror. Desde sus ventanas, situadas en el piso treinta y cuatro, era posible ver el intenso tráfico de la Avenida de Cristal o Madison, que tiene fama de ser la más elegante de la metrópoli; era posible ver también las inacabables líneas de edificios, cada vez más bajos, que morían en la Avenida Doce, en el West Side; la Estatua de la Libertad y la Battery, las primeras colmenas humanas de Harlem, en modernos edificios de treinta pisos, y la línea del Hudson en el East Side, rematada por las casas planas de la otra orilla, la de Long Island City. Los despachos de la Tobbs eran los más distinguidos entre los más ricos, los más caros, los más elegantes... y los más seguros de la inmensa Nueva York.

Todas las paredes de aquella planta estaban blindadas, aunque eran pocos los que lo sabían. Estaban blindados igualmente, el techo y el suelo. Los cristales eran a prueba de balas. Todos los empleados que trabajaban cerca de las puertas eran, en realidad, pistoleros profesionales y llevaban armas de tiro rápido.

Sólo un loco se hubiera podido meter allí con ánimo de repartir plomo, y por eso los reunidos a las dos de la tarde de aquel domingo, en el despacho principal del propio Tobbs, se sentían tan seguros. Por eso podían reír con la mayor tranquilidad, sabiendo que aquel lugar era el más inatacable del mundo.

Cocineros especializados del Hotel Pierre habían preparado una exquisita comida fría para aquella reunión. El champaña que los siete reunidos acababan de trasegar entre alegres brindis, era de las mejores marcas: «Veuve Clicquot» y «Dom Pérignon». También los

licores eran franceses, y los habanos recién importados de Cuba. Un ambiente de alegre euforia reinaba en aquel despacho y en aquella sala de juntas, donde la Tobbs & Company acababa de celebrar, con un banquete por todo lo alto, la buena marcha de los negocios del año.

Con voz un poco engolada, aquella voz de falsete que Tobbs casi siempre tenía, explicó después del último brindis:

—Como todos veis por las cuentas presentadas antes de la comida, los beneficios de este año han doblado prácticamente los del año anterior. Nuestra expansión internacional es inmensa y nuestras perspectivas de futuro no pueden ser mejores. Creo que alcanzaremos las más altas metas, y ésa es la razón de que haya reunido aquí a todos los representantes de las diversas zonas de Norteamérica. Mi propósito es felicitarles cordialmente y animarles a seguir por el camino emprendido. Por supuesto que en ese camino nos amenazan algunos peligros, pero no los considero alarmantes. La actual disgregación de la familia hace que cada vez se preste menos importancia a las personas desaparecidas, las cuales son la base de nuestro negocio y, por lo tanto, la policía y los federales apenas intervienen. Creo, por tanto, que se avecina para nosotros una gran época y que los beneficios de este año podrán ser doblados el año próximo. En consecuencia, levanto mi copa por los éxitos futuros.

Los otros seis hombres que estaban en la habitación se pusieron también en pie y alzaron sus copas rebosantes de champaña, mientras brindaban por las dos cosas que juzgaban más importantes de este mundo: el dinero y la salud. Mientras tanto, contemplaban con admiración a Tobbs, aquel hombre joven, alto, apuesto, que se lo había hecho todo; que había surgido de la nada para crear un imperio de alcance mundial. Todos los que estaban allí le admiraban sin reservas y le profesaban una devoción a toda prueba. Jamás le traicionarían.

Tobbs dijo entonces, con voz pausada:

—Amigos, después de este brindis creo que ha llegado el momento de disolver esta agradable reunión. Todos nosotros tenemos asuntos a nuestro cargo y no podemos abandonarlos. Por lo tanto, vamos a separarnos para retornar a nuestros lugares de origen, pero lo vamos a hacer con unas precauciones mínimas y que

me parecen indispensables. Como bien sabéis, no conviene que se establezca la menor relación entre nosotros, ni que se nos vea juntos. Tal es el motivo de que haya convocado la reunión en un domingo y en un despacho absolutamente seguro. Saldremos uno a uno, y marcharemos de Nueva York empleando diversos sistemas de transporte. Ruego que el primero que salga sea nuestro amigo Bulder.

Bulder, un tipo gordo y alegre, pero en cuyos ojos palpitaba una mirada dañina, se acercó a Tobbs y le tendió la mano. Mientras iba hacia la puerta, Tobbs le advirtió:

—Sólo funciona a esta hora nuestro ascensor privado, que, por lo tanto, es de la mayor confianza. En él se encuentra uno de nuestros mejores guardaespaldas. Él le custodiará hasta la puerta.

—Gracias —dijo Bulder.

Salió al silencioso vestíbulo, que también estaba custodiado por un pistolero, y llamó el ascensor. Éste ascendió silenciosamente y Bulder se coló dentro.

El hombre estaba allí.

Era alto.

Fuerte como un campeón mundial.

Tenía una mirada hermética.

Vestía de gris y no parecía un ser humano, sino una silenciosa máquina.

—Buenos días, señor Bulder —dijo, cuando empezaban a descender—. Veo que lleva una hermosa flor roja en el ojal.

—Sí... Cada uno de nosotros ha tomado una como recuerdo. Ha sido una hermosa fiesta.

—¿Ya ha terminado?

—Sí: yo soy el primero en salir.

—Lo celebro, señor Bulder.

Y tendió la mano derecha.

Fue algo que Bulder no comprendió.

Pero de pronto, aquella especie de masa plástica, viscosa, adhesiva, inarrancable, fue proyectada contra su nariz y su boca. Bulder se encontró, de repente, sin entender una palabra, con aquella coraza que le impedía hablar, que le impedía gritar y, lo que era peor... ¡que le impedía respirar!

¡Con una especie de chicle gigante que le tapaba las fosas

nasales y la boca! ¡Qué le ahogaba!

Sin entender nada, pero sintiendo el horror hasta lo más profundo de su médula, Bulder intentó arrancarse aquello. Confusamente se dio cuenta de que se trataba de una materia plástica especial que era adhesiva por un lado pero no por el otro, razón por la cual aquel desconocido podía manejarla con la mano sin quedar pegado a ella. La parte adhesiva estaba unida a su cara y le asfixiaba de tal modo, que sus ojos se desencajaron. Con las dos manos intentó quitarse aquello.

Pero no pudo.

Unos garfios de hierro sujetaron sus muñecas. Una mirada implacable, hostil, dañina; la auténtica mirada de una bestia, se cruzó con la suya. Y entonces Bulder se dio cuenta de que estaba delante de su verdugo. Se dio cuenta de que iba a morir.

Pateó.

Intentó gritar.

Se contorsionó desesperadamente.

Pero resultó todo inútil.

Todas las muertes son desagradables, pero la suya fue auténticamente macabra. Sus pulmones habían estallado ya cuando llegaron a la planta baja. Sus ojos miraban al vacío. Su piel se había vuelto de color granate.

El ascensor se detuvo.

El hombre vestido de gris lo sacó a rastras.

Sabía que en el recodo de los ascensores no había vigilancia. Tomó el cadáver por las solapas, le quitó la flor del ojal, metió al tipo de cabeza en un cubo de basura de los que estaban cerca de la zona de servicio y regresó de nuevo al ascensor. Sus labios helados y rígidos apenas se movían, pero cualquiera que estuviese muy cerca de aquel hombre hubiera podido darse cuenta de que silbaba una cancioncilla.

Tobbs dijo, con una sonrisa:

—Ahora tú, Baxter.

Baxter sonrió también. Era delgado, sinuoso y duro como el acero. Se ajustó bien la flor en la solapa, salió y se encontró con el pistolero que montaba la guardia junto a los ascensores.

La caja subió de nuevo.

Las puertas se abrieron automáticamente.

El guardián estaba dentro, efectivamente, como le había dicho Tobbs, pero se había dormido. Estaba sentado en la banqueta del ascensor con la cabeza un poco echada hacia atrás. Las manos unidas sobre el regazo reflejaban una gran paz y tenían ese gesto del hombre que reposa beatíficamente al final de una larga jornada, olvidándose de todo.

El propio ascensor descendió automáticamente. Baxter, que no toleraba los fallos, miró con asco a aquel tipo que tenía muy pocas obligaciones al cabo del día y que, encima, se dormía en el momento de cumplirlas. Mientras le escupía a la cara le dio un puntapié en el sitio donde más daño podía hacerle; en el centro mismo de la entrepierna. Normalmente aquel tipo tenía que haber dado tal salto de dolor, que debía haber salido disparado por el techo de la caja metálica.

Pero, sin embargo, no se movió.

Solamente resbaló de costado. Su cara permaneció impasible. Sus ojos se abrieron a causa del brusco movimiento y aparecieron entonces, completamente blancos.

Baxter lanzó un gruñido de sorpresa.

No lo entendía.

Pero aquel pájaro no presentaba señales de violencia, de modo que quizá había sufrido un infarto mientras estaba en el ascensor. Baxter se inclinó sobre él presurosamente. Le apoyó la oreja en el pecho para auscultarle.

Y entonces se dio cuenta de que había empujado algo.

De que había movido un resorte muy ligero que estaba bajo la camisa de aquel hombre. El hecho de apoyar la cabeza allí había bastado.

Baxter intentó gritar.

Intentó saltar hacia atrás.

Inútil.

El sistema de ignición ya estaba en marcha.

La carga explosiva situada entre las ropas del muerto estalló una décima de segundo después. Todo el ascensor quedó convertido en pedazos. Los dos cuerpos humanos se transformaron en una lluvia de migajas hechas de carne despedazada, huesos y sangre. La explosión repercutió en el edificio entero, que a aquellas horas del domingo estaba vacío, a excepción de las personas situadas arriba, y

de dos servicios de vigilancia.

También el hombre que estaba en los sótanos del edificio, aquel hombre de mirada glacial y que no parecía un ser humano, sino una máquina, oyó la explosión perfectamente. En sus labios estrechos y finos se dibujó una sonrisa.

Lentamente subió por las escaleras auxiliares. Sabía que tenía tiempo, puesto que sólo necesitaba llegar hasta el primer piso. Mientras lo hacía, otra vez volvió a silbar aquella cancioncilla.

Tobbs oyó perfectamente la explosión, en compañía de los cuatro socios que aún continuaban con él en el hermético despacho. Inmediatamente todos se miraron, sin comprender una sola palabra, mientras sus cuerpos sufrían una sacudida.

—Puede haber sido una explosión de gas —dijo uno de ellos.

—Imposible. Los sistemas de seguridad de este edificio son perfectos.

—Pues entonces... ¿qué?

—Enseguida vamos a verlo.

Con una pistola montada en la derecha, fue Tobbs el primero en salir al vestíbulo, para encontrarse con el hombre que montaba guardia, allí. Pero le bastó tropezar con la mirada de aquel hombre para darse cuenta de que él tampoco entendía nada.

Y, sin embargo, estaba muy claro. El humo se filtraba por las rendijas de la puerta del ascensor. Ésta casi había saltado de sus goznes. La explosión había dejado tales huellas que bastaba con mirar un par de segundos para darse cuenta de lo que realmente había sucedido.

El pistolero balbució:

—No lo entiendo... Todo estaba nor... normal...

Tobbs reaccionó velozmente. No sólo era el más atractivo y joven de todos los miembros del grupo, sino que demostró que no era el jefe por pura casualidad. Sus nervios estaban bien templados. Mientras dirigía una mirada al humo que se colaba por las rendijas, masculló:

—Alguien nos ha tendido una trampa, pero sólo ha muerto un hombre. Los demás vamos a escapar de aquí.

Y se volvió hacia los otros.

Parecían aterrados.

Sin saber qué hacer.

Tuvo que pensar por ellos. Murmuró:

—No quiero nerviosismos ni fallos. Alguien tiene controlados los ascensores, pero nosotros no vamos a utilizarlos. Disponemos de unas escaleras que llegan hasta la planta baja y descenderemos por ellas. Iremos de uno en uno, separados por unas veinte yardas. Este hombre nos precederá. Una vez en la calle, cada uno debe alejarse con la máxima rapidez. Nada de usar coches de los que tenemos preparados ni de buscar un taxi en las paradas próximas. Podría ser otra trampa. Hay que tomar el Metro o el bus, y largarse. Dentro de una hora tenéis que estar todos fuera de Nueva York.

Los cuatro hombres que estaban allí comprendieron que sus palabras eran razonables. Tobbs hizo una seña al pistolero que montaba guardia en el vestíbulo y éste empezó a descender a pie. Uno de los miembros de la sociedad, el llamado Sanders, le siguió con la pistola preparada.

El descenso fue largo y pesado, pues las escaleras se hacían interminables, pero nada ocurrió. Todos los vestíbulos estaban silenciosos. Antes de abordar cualquiera de ellos, el pistolero que iba en cabeza lo vigilaba todo con su automática. Una sola sombra que no le gustase, un solo movimiento incontrolado, habría bastado para que disparase encima todo su cargador.

Pero ni sombras ni movimientos. Todo funcionó bien. Cuando llegaron a la planta baja, Sanders musitó:

—¿Hay otro vigilante en la puerta de la calle?

—Sí, claro que hay uno.

—¿Y es de confianza?

—De una confianza absoluta. Además, usted mismo lo ha visto al entrar aquí. Lo reconocerá enseguida.

—Supongo que él me indicará dónde está el Metro.

—Claro que sí. Pero lo tiene apenas a veinte pasos, señor Sanders.

Sanders lanzó un gruñido mientras avanzaba por el lujoso vestíbulo. Pudo ver la puerta de la calle, más allá de la cual estaban la seguridad y la vida. El estallido de la bomba no se había oído en el exterior, razón por la cual no había personas curioseando ante el edificio. El mismo guardaespaldas al que había visto al entrar, montaba la vigilancia allí. Estaba muy nervioso, pues él sí que había oído la tremenda explosión y se había dado cuenta de lo ocurrido.

Pero lo disimulaba.

Hizo un saludo a Sanders.

—Todo normal —dijo—. Le espera un coche.

—Despídalo.

—¿Por qué?

—¡Infiernos, he dicho que lo despida!

El guardaespaldas no chistó. Asomó el brazo por la puerta, hizo una seña y el lujoso automóvil que estaba aguardando se largó Avenida Madison abajo. Sanders preguntó, con voz nerviosa:

—¿La boca del Metro?

—A la izquierda, en la próxima esquina.

Sanders lanzó un gruñido y echó a andar. De una forma maquinal se subió las solapas del abrigo, pues empezaba a hacer frío de veras. Caminó pegado al edificio, como para protegerse mejor de un posible balazo. Ni siquiera miró hacia las ventanas del primer piso, bajo las cuales pasaba.

Ni vio aquella cosa que caía sobre su cabeza.

Ni llegó a darse cuenta de nada hasta que la sintió.

Sanders hubiera podido tener el orgullo de decir que su muerte había sido una de las más extrañas del mundo.

Pero él aún no lo sabía.

El objeto metálico lanzado sobre su cabeza hubiera podido ser una bomba, lo cual hubiera convertido a Sanders en pequeños pedazos, como en pequeños pedazos se había convertido Baxter. Pero no. Lo que cayó encima de su cabeza no era una bomba, sino una auténtica pieza de arte. Una maravilla para coleccionistas.

Se trataba de un escarabajo de bronce de unos tres kilos de peso.

Parecía un enorme pisapapeles. De su cuerpo metálico sobresalían unas patas quietas, de afiladas uñas.

Y aquellas uñas se clavaron en la piel del cráneo de Sanders. El propio peso del escarabajo de bronce las hizo hundirse allí.

Pero eso no fue todo.

El mecanismo que funcionaba dentro del escarabajo empezó a moverse con el choque. Algo pareció revivir en su interior. Igual que si fueran las de un escarabajo auténtico, las patas se estiraron y crecieron.

La presión que ejercieron sobre el cerebro de Sanders fue la de unos auténticos cuchillos. Las puntas se hundieron bajo su piel y

perforaron los huesos mientras en la calle se oía un alarido estremecedor.

Sanders no podía entenderlo, pero la pieza se le estaba empotrando en la cabeza como hubiera podido empotrársele un gigantesco cangrejo... ¡un cangrejo hecho de bronce y cuyas pinzas eran igual que agujas venenosas!

La presión de su propio peso podía clavar aquello en cualquier sitio, como, por ejemplo, un cerebro humano, y a continuación todo sucedía automáticamente. Los recortes que estaban en el interior de aquella auténtica obra de arte se ponían a funcionar. Muelles misteriosos empujaban las agujas. Éstas penetraron hasta los sesos de Sanders como hubiese penetrado el bisturí, en una trepanación.

El aullido de aquel hombre se oyó en toda la calle.

Numerosos coches se detuvieron, pese a la indiferencia atroz que en Nueva York se tiene por el prójimo en peligro. Algunos transeúntes fueron hacia allí. Sólo pudieron ver una figura humana que agitaba los brazos desesperadamente mientras intentaba quitarse una cosa negra que tenía clavada en la cabeza.

Sanders lo consiguió.

Su esfuerzo fue auténticamente desesperado.

Atroz.

¡Pero se arrancó, también, parte de su propio cerebro!

¡Las pinzas le levantaron la tapa de los sesos!

Fue, realmente, la muerte más extraña que se había visto en Nueva York aquel año, pero la víctima no tuvo la suerte de enterarse de eso. Ya no podría leer los periódicos de la mañana siguiente. No podría ver aquel misterioso objeto que le había hecho la trepanación. No podría escuchar su propio alarido de muerte.

Ni elegir la música de su funeral, y eso que los funerales estaban llenos de detalles que a él le gustaba cuidar, puesto que se consideraba un hombre de buen gusto.

Lástima.

El tipo alto y atlético, vestido de gris, aquel hombre que más bien parecía una máquina que un ser humano, no tuvo el menor inconveniente para escapar del edificio cuando la calle se llenó de gritos, y especialmente cuando las sirenas de la policía comenzaron a ulular. Lo tenía previsto todo, como por ejemplo la puerta de entrada de mercancías, que poco antes había estado vigilando uno

de los hombres de Tobbs. Pero aquel vigilante ya estaba muerto.

Salió rápidamente por ella.

Se coló por el callejón de un *parking*.

Y, minutos después, estaba en la boca del Metro situada tras la esquina. Era una boca lóbrega y oscura, como todas las de Nueva York, y que más que dar entrada a un ferrocarril parecía dar entrada a una alcantarilla.

Mientras tanto, en el interior del lujoso rascacielos, se estaba produciendo una especie de desbandada general. Los tres hombres que aún quedaban vivos, además de Tobbs, tenían tanto interés en escapar de la muerte como en que no les encontrase la policía juntos, con lo que se empezarían a atar cabos y a establecer relaciones entre unos y otros. Por eso se largaron inmediatamente por una de las puertas traseras del edificio.

Las órdenes que había dado Tobbs eran muy concretas:

Evaporarse de Nueva York cuanto antes. No tomar ningún taxi ni ningún coche privado. Utilizar sólo los servicios públicos. No ir juntos, jamás. Evitar que un solo policía les pudiera echar el ojo encima.

Williams fue el primero en llegar a la boca del Metro. Era un tipo grueso, algo jadeante, que iba siempre a todas partes con un monumental sombrero tejano. Dominado por el horror, sólo pensó en tomar el primer vagón que pasase para ir a cualquier sitio, al más absurdo, con tal de que fuera lejos de allí.

Corría agitadamente por los pasillos vacíos.

Los pulmones le quemaban mientras oía traqueteos por todas partes, traqueteos de convoyes que iban, que venían, que se cruzaban bajo el suelo de la ciudad. Y de pronto se detuvo porque se dio cuenta de que todos aquellos traqueteos estaban cesando, y de que lo único que oía era el ruido de sus pasos y el zumbido de sus pulmones.

Se había metido en un pasillo desierto.

No sabía adónde llevaba.

Un letrero lejano indicaba:

«GREENWICH VILLAGE»

Pero había otro que indicaba:

«COLUMBUS CIRCLE»

Los dos rebrillaban al fondo del pasillo como una misteriosa llamada. Williams fue pesadamente hacia allí.

Todo estaba desierto, en torno suyo.

Silencio del domingo por la tarde.

Ese silencio a veces monstruoso de Manhattan, parte de una ciudad que en determinados momentos parece quedarse vacía.

Williams oyó de nuevo el traqueteo de un convoy, lo cual indicaba que el tren estaba muy cerca. Fue hacia allí. Dobló el primer recodo.

Y entonces vio la sonrisa helada.

Los ojos inhumanos.

La mano que empuñaba aquel terrible cuchillo de degollar, el mayor que Williams había visto nunca.

De su garganta escapó un sonido gutural.

Sus ojos se desencajaron.

Los pies se le clavaron en tierra.

No fue capaz ni de chillar.

Una mano enorme le arrancó el sombrero tejano, le sujetó por el pelo y tiró de la cabeza hacia arriba. La otra le cortó el cuello de dos siniestros tajos, separándolo del tronco. Fue un trabajo no de carnicero, sino de verdugo, un trabajo terriblemente macabro y que sin embargo, estuvo terriblemente bien hecho.

El cuerpo no llegó a caer.

La degollina había sido tan rápida, que Williams aún se mantenía en pie. Parte de su cuerpo aún tenía sensibilidad. Su sangre hervía.

No tenía cabeza, pero unos cuantos reflejos funcionaron, como figuran los de algunos guillotinado. Al recibir aquel terrible empujón en la espalda, dio la sensación de que echaba a andar. Era un hombre sin cabeza, pero sin embargo, atravesó el andén cuando las puertas del vagón se abrían y entró en él, a causa de la inercia. Las puertas se cerraron casi inmediatamente.

El cadáver quedó derrumbado sobre uno de los asientos.

La sangre manchó hasta los cristales del otro lado.

Un grito ululante, unánime, aterrador, sonó en el interior de aquel vagón que ya arrancaba.

Pero nadie se atrevió a tirar del timbre de alarma. Nadie se

atrevió a detener el convoy. Nadie se atrevió a moverse.

Era uno de los crímenes más extraños y siniestros que se recordaban en la historia de la ciudad.

Nadie tocó al muerto hasta la próxima estación, hasta la llegada del revisor. Menos mal que a éste no se le ocurrió hacer cumplir las ordenanzas y pedirle el billete. Hubiera sido un buen final. Perfecto...

CAPÍTULO II

HIJOS DE LA GRAN ZORRA

Las diapositivas producían un chasquido al resbalar sobre el chasis. Sus colores parpadeaban, un momento, a la luz, y luego se esfumaban. Los hombres que estaban reunidos en la pequeña habitación no acababan de entenderlas, pero las miraban tan fijamente que hasta los ojos les hacían daño.

Las tres primeras representaban una tumba. El fotógrafo la había enfocado de diversos ángulos, pero sin duda era la misma. El nombre destacaba esculpido en la lápida de mármol blanco:

**BURNS 1975
QUE DIOS PREMIE SU VIRTUD**

Aquellas diapositivas desaparecieron. En su lugar fueron proyectadas otras transparencias sobre la pantalla que ocupaba todo un lado de la habitación oscura. Estas nuevas transparencias representaban el rostro de una muchacha distinguida y muy bonita, pero eran la típica ficha policial de frente y de perfil. Debajo de la imagen estaba el número de identificación, el nombre y el cargo:

**0 019 856 - ROSSIE BURNS
PROSTITUTA**

Las imágenes desaparecieron.

Volvieron las primeras.

La tumba apareció otra vez, pero ahora destacando de forma primordial un detalle: las flores que descansaban sobre el mármol. Eran, sencillamente, cuatro pequeñas rosas rojas.

Luego también aquello desapareció.

Su lugar fue ocupado por la imagen espantosa de un hombre decapitado.

Estaba en un vagón del Metro. Las manos crispadas aún parecían querer buscar una cabeza que no existía. La visión era espantosa y producía una especie de náusea.

Pero había un detalle curioso.

Aquel hombre llevaba en el ojal de la solapa una rosa roja casi exactamente igual a las de la tumba.

La transparencia fue sustituida por otra.

Un nuevo cadáver.

Pero éste tenía algo atroz, algo casi increíble: su cráneo parecía haber sido levantado por una especie de máquina. Si fuera verdad aquello de hacer la trepanación con un abrelatas, hubiese podido aplicarse a lo que los ojos de todos Los espectadores podían ver. La cara desencajada y con los ojos aún abiertos, reflejaba un indescriptible horror.

Un nuevo cambio.

Un tercer cadáver.

Éste no tenía cara, porque la cara aparecía tapada por una especie de magma, de masa plástica difícil de definir y que hubiera podido identificarse, en cierto modo, con un chicle gigantesco. Aquella masa tapaba narices y boca a la víctima, de modo que ésta había muerto asfixiada. También los ojos estaban desencajados y las manos se crispaban en torno a la garganta.

Pero el detalle en que se fijaron todos fue el mismo: la flor en la solapa. La pequeña rosa roja.

Por fin la máquina de proyectar se apagó.

Las luces generales de la sala fueron encendidas.

—Siento no poder mostrarles el cuarto cadáver... —dijo una voz—. Quedó tan deshecho por la explosión dentro del ascensor, que lo máximo que hemos encontrado ha sido un pedazo del fémur.

Todos los rostros se volvieron y todos los ojos se clavaron en el hombre que acababa de hablar. Era un tipo alto y rubio, de aspecto típicamente nórdico, que hubiera podido resultar atractivo de no ser por sus ojos absolutamente inhumanos y fríos; unos ojos de esos que en las películas de guerra siempre se dan a los coroneles de las SS. Había en su mirada algo que repelía, algo que causaba un cierto escalofrío de horror.

Pero sus jefes sabían que era precisamente aquella mirada (y el cerebro igualmente helado que vivía tras ella) lo que había dado tantos éxitos al inspector Lekay, el especialista en casos imposibles más famoso de la policía de Nueva York. Procedente del FBI y con atribuciones que sólo los federales tenían, podía actuar en cualquier lugar de Estados Unidos. Adscrito, igualmente, a la Interpol, era fácil verle moverse en Moscú, en Liverpool, en Sidney y en los arenales que rodean El Cairo. Su campo de acción era el mundo y su única meta parecía ser la muerte.

Fue él quién se situó junto a la pantalla donde antes habían sido proyectadas las transparencias y encendió un cigarrillo con movimientos calmosos. Sin mirar concretamente a nadie, preguntó:

—Supongo que habrán notado una serie de circunstancias curiosas, e incluso de contradicciones, en esas fotos.

Los hombres que estaban en la sala, reclutados entre los expertos de la policía neoyorquina, guardaron un instante de silencio, pero realmente todos estaban pensando lo mismo. Fue uno quien dijo, con voz inexpresiva:

—Las flores. Las que están en la tumba son iguales que las que llevaban los muertos. No las mismas, desde luego, pero iguales, sí.

—Por supuesto —dijo Lekay—, ¿y eso qué les parece que indica?

—Una venganza —dijo uno de los policías.

—Por supuesto. Ya tenemos una primera base de partida. Y esa venganza, según su opinión, ¿contra quién va dirigida?

—Contra los que asesinaron a Rossie Burns —dijo otro de los que estaban en la sala.

Lekay sonrió levemente. Le gustaban aquellos diálogos, en los que se partía de verdades muy elementales para ir profundizando cada vez más, porque, en su criterio, era el único modo de llegar a conclusiones certeras. Mientras daba una chupada a su cigarrillo, murmuró:

—Pero supongo que habrán dado con una contradicción muy notable.

—Sí —dijo otro—. En la lápida.

—¿Qué ocurre en ella?

—Allí se habla de la virtud de la muerta.

—¿Y qué?

—¿Cómo qué y qué? La muerta era una prostituta.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿No hay prostitutas virtuosas?

—¿A qué estamos jugando, inspector? ¿A las adivinanzas?

—No, no... Todo Lo contrario. Simplemente, estamos recorriendo juntos un camino que cada uno de ustedes hubiera recorrido solo. Si Rossie Burns llegó a la prostitución fue porque la prostituyeron a la fuerza. Nunca dejó realmente de ser una muchacha virtuosa, y de aquí que sus padres mencionaran eso en la inscripción de la lápida. Supongo que no les disgustará ver alguna imagen más.

Y apagó las luces.

Fueron proyectadas otras diapositivas.

Una chica de unos quince años. Colegiala.

Preciosa.

Diecisiete años. Más preciosa aún.

Diecinueve.

Patética.

Atada a una cama, de modo que tuviera que estar siempre con las piernas abiertas. Ropa interior fina, a pesar de todo. Expresión congestionada por el sufrimiento. Facciones y región sexual completamente marcados por costurones de sangre seca.

Silencio.

Las luces que se encienden otra vez.

Más silencio.

Lekay aplastó su cigarrillo lentamente.

—Esta última imagen la obtuvieron los que la raptaron —dijo—. Uno de los muertos, el muy idiota, la llevaba encima. Caso de atraparle vivo, hubiera sido una prueba concluyente contra él. Veinte años de cárcel.

Sus labios se fruncieron en una mueca.

—La tuvieron así tres días —dijo—. Tenía que hacerse sus necesidades encima, pero la limpiaban. Todos los de la banda la tuvieron en esta situación, hasta que amenazó con volverse loca. En ese momento, cuando no distinguía el bien del mal, cuando no ansiaba nada, excepto morir, fue cuando empezó a estar madura. Cinco días después la pusieron en circulación. Dos mil dólares por noche.

—¿Había quien pagara eso? —preguntó uno de los policías.

—Sí —dijo Lekay con una mueca de aburrimiento—. Los jeques

árabes. Ellos tienen más dinero que usted, Pierce.

—¿O sea, que la destrozaron moralmente para hacerle perder el sentido de su propia dignidad y que se resignara a todo? —masculló uno de los agentes.

—Cierto. Y si hacía el menor gesto de protesta, sabía bien que volverían a empezar. Y que, al final, su cuerpo podría aparecer destrozado en cualquier vertedero de basuras del otro lado de Estados Unidos.

Hizo crujir los nudillos.

—Un detalle —musitó—. La raptaron en California. La explotaban en Nueva York.

—Nadie la conocía aquí, ¿verdad?

—Nadie.

—Ni ella podía pedir ayuda...

—No.

Con voz helada, como si aquello no le causara la emoción más mínima, Lekay siguió explicando:

—Le sacaron el jugo tres meses, siempre en fiestas privadas y en hoteles de mucha categoría, con extranjeros bien forrados de billetes; con gente que luego desaparecía de este país y no crearía problemas. Por fin ocurrió lo que tenía que ocurrir, y fue que Rossie se rebeló. No le importaba morir, puesto que llegó a la desesperada conclusión de que jamás podría escapar de entre las manos de aquellos hijos de la gran zorra. Intentó matar a uno de ellos para al menos reventar haciendo daño, y los demás le destrozaron el cuerpo con el parachoques de un camión. El juego consistió en estrellarla contra la pared hasta que el parachoques casi se dobló. Todos pueden imaginar cómo quedó el cuerpo de la chica. Sus padres pudieron, sin embargo, recuperar los restos y devolverlos a California. Ésa era la tumba, pero las flores no las han puesto ellos. Las flores. —Pues la foto está tomada ayer— las ha puesto otro.

Hizo una mueca y miró a todos los que estaban allí.

Buenos chicos.

Buenos perros de presa.

Buenos tiradores, buenos asesinos al servicio de la ley, escogidos entre el hampa de la policía de Nueva York. Experimentados, duros, nacidos en barrios bajos, liados con chicas fáciles, jugadores, aficionados a los puñetazos en los gimnasios de Greenwich Village o

de Amsterdam Avenue. La gentuza peor de la Brigada de Homicidios, de la Brigada Antidroga, de la Brigada Antiatracos, de la Brigada de Costumbres. Todo lo peorcito se lo enviaban a Lekay, pero éste no hacía ascos a nada. Por lo visto, le faltaba ya el olfato para oler la basura.

Además, necesitaba aquella gente.

Arrojó aquel segundo cigarrillo y continuó:

—El domingo por la tarde había tenido lugar una reunión de altura en Madison Avenue, pero no hemos averiguado en qué despacho del rascacielos, y allí hay más de doscientos. Todo parece indicar que hubo una buena comilona, porque los estómagos de los cadáveres estaban repletos y tenían restos de la misma clase de alimentos todos ellos. En este momento estamos intentando averiguar qué restaurante la sirvió, para encontrar alguna pista, pero no puedo ocultar que éste es un trabajo difícil. En cuanto al conserje, dice que no sabe a qué despacho ni a qué piso fueron a parar las personas que se reunieron el domingo a mediodía. Imagino que le dieron una bonita suma para que se largara de allí, y el tío, realmente, no se enteró de nada. Aunque está siendo sometido a interrogatorio, no creo que por ahí se aclaren las cosas.

Hizo una mueca y continuó:

—La situación se hace más difícil por el hecho de que todas las empresas instaladas en ese edificio son, en apariencia, altamente respetables. Iniciaremos investigaciones, una por una, y confío en llegar a algún resultado, aunque eso me llevará tiempo. Pero lo más importante no es eso. Lo más importante son los muertos.

—Todo parece indicar —susurró Lekay—, que en ese edificio tiene su sede el estado mayor de una organización de trata de blancas a gran escala. Antes, cuando la prostitución estaba legalizada y las mujeres que querían vender su cuerpo se reunían en casas donde tenían sus seguros y estaban protegidas, no ocurría esto. Pero al transformarse la prostitución en un asunto criminal, quienes la controlan son los criminales. Al igual que durante la Ley Seca, cuando el tráfico de alcohol produjo enormes beneficios y se convirtió en un río de sangre, la compraventa de mujeres es hoy un negocio fabuloso y, a la vez, miserable, porque la chica que vende su cuerpo ha pasado a necesitar un protector, que es el que la explota. Por otra parte, un tráfico clandestino se está encaminando

hacía ciertos, países de Oriente Medio, algunos magnates del petróleo pagan a buen precio la carne fresca y blanca. El sistema es casi siempre el mismo; se engaña a una mujer con aspiraciones de artista diciendo que va a encontrar fabulosos contratos, y antes de que se dé cuenta, ya está cogida en la trampa. O bien, cuando se trata de explotar a mujeres en ciudades occidentales, se rapta a una menor, se la degrada repetidamente, como en el caso de Rossie Burns, y cuando ya está hundida del todo se la sitúa en el trabajo. Como digo, parece que estamos sobre el rastro de una organización dedicada a eso, pero no somos nosotros, solamente. Alguien más ha dado también con esa organización.

—¿Quién? —musitó el que estaba a su izquierda.

—El que mató a todos esos hombres. El que quería vengar a Rossie Burns. El que cometió todas esas salvajadas en pocos minutos, convirtiendo el rascacielos en un cementerio. No tengo idea de quién es, pero sin duda se trata de un carnicero de primera clase. Y de aquí vienen, por lo tanto, las dos órdenes que voy a dar.

Hizo una pequeña pausa, como para dar más énfasis a sus palabras, y concluyó:

—La primera de esas órdenes es que hay que dar por todos los medios con la sede de esa organización criminal. La segunda, que hay que encontrar al hombre que cometió todos esos asesinatos; el que realizó esa espantosa masacre. Es un asesino del calibre de los demás, al fin y al cabo. Y aunque uno crea defender una causa justa, la ley es la ley.

Sus labios se apretaron, sus ojos dirigieron a todos una mirada que parecía maléfica. Su mirada era tan ruin que hubiese podido hacer perfectamente, en una película, el papel de un jefe de la Gestapo. Luego gruñó:

—Sólo hay una consigna para cuando encuentren a ese hombre.

—¿Cuál? —preguntó uno de sus lugartenientes.

—No se dejará coger vivo. Matadlo...

CAPÍTULO III

EL IMAGINATIVO

Orson, uno de los que había logrado salir con vida de la masacre de Madison Avenue, llegó a su apartamento cercano al puente de Triboro casi cuatro horas después. Había estado despistando a todos los posibles perseguidores, dando vueltas y más vueltas en el Metropolitano de Nueva York y haciendo empalmes en los sitios más inesperados, para que nadie pudiera conservar su rastro. Luego había ido a las oficinas de la Eastern Airways para adquirir un billete de avión a Kansas City. Desde allí pensaba seguir en ferrocarril hasta San Francisco, desorientando, también, a cualquiera que le persiguiese.

Penetró sudoroso en el apartamento, al que sólo acudía cuando estaba en Nueva York, y echó un vistazo a los lujosos muebles y las obras de arte que cubrían los casi cien metros cuadrados de habitáculo. Se quitó la americana, se preparó un *whisky*, lo bebió de un trago y casi inmediatamente se sintió mejor. Entonces buscó un pequeño maletín de viaje para llevarse lo más indispensable.

Estaba casi cerrándolo cuando sonó el teléfono.

Orson miró aprensivamente hacia él.

Muy pocas personas conocían aquel número, de modo que la llamada debía ser para algo importante. Fue hacia el aparato, lo descolgó y se lo llevó al oído.

—¿Quién llama? —Gruñó.

No tuvo tiempo de nada más.

De pronto, el auricular que estaba junto a su cabeza estalló en mil pedazos.

La carga de scheneiderita se le llevó, por delante, la mitad del cerebro.

Partículas de masa encefálica saltaron hacia las paredes.

El cuerpo de Orson aún se mantuvo en pie, por una especie de milagro, aunque el auricular había desaparecido ya y había desaparecido, también, la mano derecha. Luego se derrumbó. Una espesa mancha roja inundó la alfombra persa.

Luego se hizo un silencio atroz.

Un silencio casi agorero, pegajoso.

Hasta que las sirenas de los patrulleros sonaron tarde. —Como siempre— en las inmediaciones del puente de Triboro.

Nimes hizo una mueca y miró el lujoso «Chrysler» detenido ante la puerta del bar. Lo había alquilado media hora antes, para dirigirse con él a orillas del Delaware, a la ciudad de Baltimore, desde donde pensaba salir en barco hacia Florida. Estaba perfectamente convencido de que así, con aquella combinación, nadie podría seguirle la pista.

Había bebido ya dos ginebras y empezaba a sentirse en forma, después de la terrible prueba sufrida en Madison Avenue, pero de vez en cuando salía del bar para convencerse de que nadie se fijaba en su coche ni le seguía la pista. Antes de largarse de Nueva York, necesitaba hacer un poco de tiempo para una última llamada a Tobbs, su jefe.

—Tobbs —dijo—. Soy yo, Nimes.

—Idiota... ¿Cómo se te ocurre llamarme?

—Sólo quería que supieras que salgo enseguida de Nueva York. No te preocupes, no hay posibilidad de teléfono controlado, puesto que te llamo desde un bar. Me dirigiré por barco desde Baltimore a Miami.

—¿Cuándo piensas llegar?

—Dentro de dos días.

—Perfecto. Asegúrate de que nadie te sigue. Yo te llamaré cuando te necesite.

—Oye. Tobbs... Estoy asustado...

—No hay motivo para estarlo. Y oye bien esto, Nimes: o conservas la serenidad o puede que dentro de un par de días no conserves ni la piel. En estos momentos no admito cobardes.

—De acuerdo... No te preocupes, no fallare. Pero estoy nervioso por otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Orson y yo hemos sido los únicos, aparte de ti, que hemos podido salir vivos.

—¿Y qué?

—He llamado a Orson, a su apartamento de Triboro.

—¿Qué pasa? ¿No contesta? Es natural, se habrá largado ya.

—No sólo no contestan. Es que su teléfono no existe. No recoge la línea. He consultado y me han dicho que no lo entienden; que es como si el teléfono hubiera desaparecido.

Hubo una pequeña pausa al otro lado del cable.

Y entonces la voz chirriante, murmuró:

—Bueno, cada día hay más averías en las líneas y cada día tardan más en repararlas. ¡Hala, lárgate cuanto antes! Todo el tiempo que tú y yo pasemos hablando es un tiempo durante el que corremos peligro.

Y Tobbs colgó.

Nimes miró como atónito el auricular.

Luego se encogió de hombros, pagó lo que había bebido y se dirigió hacia su coche. Entró en él. Puso en marcha el motor y arrancó suavemente en dirección al Lincoln Tunnel. Con gestos maquinales se puso un cigarrillo en los labios, tiró del encendedor y le prendió fuego. Fumó pensativamente.

No había demasiado tráfico en domingo y por las avenidas de Nueva York daba gusto conducir. Pensó que si encontraba así de vacía la autopista, se plantaría en Baltimore casi sin darse cuenta.

Exhaló una columnita de humo.

Entrecerró los ojos.

Empezaba a tranquilizarse, ésa era la verdad.

Y, de pronto, lo vio por el espejo retrovisor.

Era increíble.

Sus ojos se desencajaron con una mueca de horror.

Las manos temblaron sobre el volante.

De su garganta escapó algo que parecía el gruñido de una bestia.

La serpiente de cascabel se había alzado junto a su mismo cogote. Se balanceaba allí. Estaba dispuesta para el ataque.

Pero no era eso solamente.

Nimes lanzó un alarido de muerte.

El horror se metió hasta el fondo de sus huesos, hasta lo más profundo de su sangre.

Porque había otras serpientes allí.

En el asiento junto a él.

En el tablier.

¡Incluso una que resbalaba por el parabrisas!

¡Era un sueño maldito!

¡Una horrible alucinación!

Las serpientes de cascabel... ¡lo llenaban todo!

El volante giró.

Los ojos desencajados de Nimes miraron al vacío.

Tres serpientes cayeron a la vez sobre él. Una de ellas le mordió en la nuca, lo cual ya significaba, por sí solo, la muerte sin remedio. Los colmillos de las otras se le hundieron en la cara y en la garganta. El coche dio un terrible bandazo antes de estrellarse contra una pared.

Nimes ya no se movió.

Sus ojos estaban espantosamente abiertos.

Las serpientes le mordieron todas, una tras otra, hasta agotar todo el veneno de sus glándulas.

Y luego empezaron a pasear sobre su cuerpo inmóvil.

Con el siniestro paseo de la muerte.

El hombre alto, atlético, que usaba traje gris y tenía en los ojos una mirada inhumana, atravesó la Sexta Avenida, a la altura de la Calle Treinta, y penetró en una tiendecilla que estaba entre una *Sex-Shop* y una funeraria. La tiendecilla era un comercio de antigüedades donde sólo se vendían artículos muy especiales y muy selectos: espuelas medievales, armaduras, auténticos escudos de guerra del siglo XIV, instrumentos de tortura, hierros de marcar, escudos de piedra arrancados de los viejos castillos europeos... Una atmósfera de otro tiempo, un aire casi irreal flotaba allí, como si de pronto, al trasponer el umbral, uno aniquilara el tiempo presente para volver a un tiempo que ya no existía. También podían verse allí unas momias, aunque éstas no eran auténticas. Se trataba de imitaciones que, sin embargo, tenían su valor, pues habían sido hechas en el siglo XVIII.

El hombre vestido de gris usó un llavín que muy pocas personas poseían, pues la tienda estaba cerrada en domingo. Atravesando la luz gris, una auténtica luz de pesadilla, llegó hasta una habitación del fondo, donde un hombre de unos setenta años trabajaba con sus

manos incansables en una serpiente que estaba hecha de piezas articuladas de bronce. Al oír a su visitante alzó la cabeza. En sus labios casi exangües, unos labios que también parecían de otro tiempo, se dibujó una sonrisa.

—¡Hola, Clive! —susurró.

Clive tomó asiento frente a él, al otro lado de la mesa. El hombre que había realizado la masacre en el rascacielos; el que había sembrado, horas antes, el terror y la muerte, tenía, ahora, en sus labios, una sonrisa amistosa, casi dulce, una sonrisa que no parecía suya. Al cabo de un largo momento, susurró:

—¡Hola, Baxton!

—¿Todo bien? —preguntó el dueño de la extraña tienda.

—Todo ha resultado perfectamente.

—¿Cuántos eran?

—Siete.

—¿Cuántos han muerto?

—Seis.

—¿Y por qué no todos, Clive? ¿Por qué no todos?

—Al jefe, a Tobbs, no he podido tenerle a tiro.

—Podías haber hecho envenenar la comida que les sirvieron. Hubiera sido completo.

—No era tan fácil, Baxton. La comida la servían con muchas garantías y al menos eran diez hombres los que llegaban con ella. Por otra parte, tú sabes que la muerte es, en cierto modo, una creación artística. Sólo un vulgar asesino mataría con veneno. Un hombre que tenga un cierto contenido espiritual, emplea sistemas mucho más imaginativos.

Los cansados ojos de Baxton brillaron un momento. Mientras señalaba la serpiente de piezas articuladas de bronce, musitó:

—¿Sabes? Puede ser lanzada encima de alguien. Encima de un enemigo cualquiera. Su peso, al chocar, hace que salgan las púas y se claven en la piel. El veneno que tienen es activísimo, de modo que la muerte resulta casi instantánea.

—Eres un tipo extraño, Baxton... A veces pienso si estás loco.

—¡Je, je...! Simplemente, soy un hombre imaginativo. Creo, al igual que tú, que la muerte, para no ser una cosa vulgar y estúpida, debe transformarse en una obra de arte. Además, tú has usado alguno de mis métodos.

Te gustan.

—Los uso porque algunos son casi perfectos, Baxton.

—¿Qué pasó con el escarabajo de bronce? ¿Cayó sobre la cabeza de aquel tipo?

—No podía fallar, porque las uñas metálicas se clavaban como si fuera puñales. Claro que hubiese podido lanzar una bomba sobre aquel hijo de perra, pero eso hubiera sido demasiado sencillo. Casi te diría que una cosa así ya no asusta a nadie, mientras que una muerte casi inexplicable, una muerte que tenga auténtica clase, aterra a cualquiera. Y yo quería sembrar un auténtico horror para que los de esa pandilla ni siquiera tuviesen ánimos para defenderse. Lo he conseguido. Han muerto, huyendo como ratas. Ni uno solo de ellos ha intentado algo inteligente para conservar la vida.

Hizo una mueca y añadió:

—Claro que los sistemas empleados, tampoco podían imaginarlos.

—¿Cómo ha funcionado lo del teléfono de Orson?

—Perfectamente —dijo Clive—. Entro en su apartamento, desenrosco el auricular del aparato, coloco la scheneiderita y la conecto a un detonador que se activa con el timbre del propio teléfono, pero que necesita diez segundos para actuar, después del primer timbrado. Vuelvo a la calle y cuando veo entrar a Orson, espero unos minutos y marco su número desde una cabina pública. Si ocho segundos después del primer timbrado él no hubiese acudido, yo habría colgado para no provocar la explosión. Pero el pájaro vino, se colocó el auricular junto a la cabeza y entonces se produjo el estallido. Yo quedaba asegurado y a salvo de toda sospecha, porque estaba a distancia de la casa. Y el único sitio en que pude dejar alguna huella, incluso a pesar de los guantes, o sea el auricular del teléfono, había quedado completamente destruido. Una muerte perfecta.

—¿Y las serpientes de cascabel? —musitó Baxton—. Te has llevado todo mi criadero...

—La verdad es que ya no sabías cómo desembarazarte de ellas. —Gruñó Clive.

—Sí... Eran peligrosas. Y para alimentarlas necesitaba tal cantidad de ratones vivos, que la situación se me hacía insostenible. Prefiero que hayan muerto.

—Las coloqué en el coche que había alquilado Nimes —dijo Clive con voz pausada—. Como el muy idiota siempre alquila los coches en el mismo sitio cuando viene a Nueva York, no necesité más que montar una discreta vigilancia allí para dar con su pista. Le seguí en mi coche hasta el bar y esperé unos momentos. Los bichos estaban en una pequeña caja inventada por ti, que se adhería a la parte inferior del tablier mediante un sistema de ventosas y que se abría al hacer funcionar el encendedor del coche. Era absolutamente seguro que Nimes haría funcionar ese encendedor, en un momento u otro de su viaje. Lo demás resultaba sencillísimo. En cuanto la caja se abriese, la situación no tendría remedio y él ya no podría escapar.

Sonrió levemente.

Luego dijo con voz helada:

—Todo ha resultado perfecto, Baxton. He venido a darte las gracias y a pagarte por tus servicios.

—¿Pagarme? No me debes nada.

—¿Por qué no?

Baxton bizqueó. Sus ojos cansados erraron por aquella habitación llena de cachivaches, de instrumentos de tortura, de objetos olvidados y siniestros. Con voz que era apenas un susurro, explicó:

—Hace muchos años, mi hija fue testigo de un asqueroso crimen y se prestó a declarar lo que sabía ante un tribunal. Los del FBI la protegieron, porque lo que ella dijese podía enviar a la silla eléctrica a una banda entera, pero, sin embargo, aquella protección no sirvió de nada, absolutamente de nada. Un asesino pagado la arrojó a la calle desde treinta pisos de altura. Su otra hija fue violada y asesinada en un descampado, cerca de Hoboken, por unos desconocidos que la policía no encontró jamás. Eso fue lo que me hizo darme cuenta de una cosa: la venganza es algo personal. Cuando la policía detiene a alguien, los tribunales lo absuelven o le envían a la cárcel por un número ridículo de años. Incluso las condenas llamadas perpetuas permiten volver a la calle en libertad bajo palabra. Todas las leyes están hechas para cuidar los derechos del delincuente, pero jamás los derechos de la víctima. Del criminal todo el mundo habla, y todo el mundo trata de comprenderlo. De la víctima, nadie se acuerda. Por eso fabrico instrumentos de matar,

Clive, instrumentos que liquidan a uno por sorpresa, cuando menos lo espera... y algunas veces hasta les uso personalmente.

Rió brevemente. La suya era la risita cansada, llena de dolor, del hombre que ya no cree en nada, y mucho menos en la ley. La risita triste de un hombre que sólo puede confiar en sí mismo y en las fuerzas de su cerebro.

—Cuando quieras liquidar a alguien más sin peligro —dijo—, ven a verme. Yo te ayudaré. Y nunca me des las gracias.

Clive movió la cabeza pensativamente, hizo luego un gesto afirmativo y fue hacia la puerta, atravesando aquella rara atmósfera de pesadilla que llenaba el local. Cuando ya estaba en la puerta se volvió, porque le detuvo la voz de Baxton:

—Supongo que toda la policía de Nueva York va, ahora, detrás de tu pista —dijo.

—Sí, supongo que sí.

—No te preocupes; nunca darán contigo.

—Eso espero, Baxton; pero hay momentos en que me preocupa una cosa.

—¿Qué cosa?

—Las serpientes. Después de morder a su víctima, habrán agotado el veneno de sus glándulas y serán inofensivas, pero... ¿por cuánto tiempo? ¿No significarán, también, la muerte para todo aquel que abra el coche?

—No, Clive. Cualquiera que vaya a abrir las verá a través de los cristales, puesto que ahora están libres. No te preocupes, no habrá sorpresas. Imagino que la policía tendrá que acabar con ellas utilizando un lanzallamas, lo cual significa que también quedará abrasado el cadáver de Nimes. Un digno final.

Y lanzó una leve risita.

Una risita que pareció hacer temblar la penumbra.

—Sí —dijo Clive—, un final maravilloso.

Y salió.

Se enfrentó al vacío de las calles de Nueva York.

A aquella soledad gris del domingo. A las sombras que ya lo llenaban todo.

Tomó su coche y se dirigió a Jamaica Bay. Allí, en una casa grande, hermosa y vieja, situada cerca de la arena, tenía su refugio. Era una casa con estilo y con clase, con una fachada majestuosa en

la que se estrellaba el viento.

Dentro le esperaba una sonrisa apacible.

Dentro le esperaban los ojos quietos de una mujer.

CAPÍTULO IV

UN DISTINGUIDO VISITANTE

En el último modelo de «Rolls». —Pues los de su rango no utilizaban otra marca—, el jeque Omar el Yusuf, vestido según la más respetable moda de Londres, se atusó el fino bigotillo y ordenó a su chófer que diera otra vuelta por Central Park. Era martes y a aquella hora del mediodía la zona era atravesada por docenas y docenas de muchachas que estudiaban en la Culver School, preparatoria para el ingreso en la Universidad. Cualquier amante de la belleza hubiera encontrado allí ejemplares femeninos como para quedar boquiabierto.

Pero un hombre con un mínimo de sensibilidad hubiese pensado, sin duda, que eran demasiado jóvenes para mirarlas como un objetivo sexual. La mayoría tenía quince años. Pese a la fama de libertinas que tienen las chicas americanas. —Mala fama que no deja de ser una exageración—, bastaba con ver a aquellas muchachas para darse cuenta de que nunca se habían acostado con nadie, y seguramente no pensaban hacerlo en bastante tiempo todavía. Pero justamente era eso lo que más excitaba al honorable Omar el Yusuf.

El día anterior había planteado una petición en las Naciones Unidas para que su pequeño emirato del golfo Pérsico. —Un pedazo de desierto que nadaba en un mar de petróleo— fuese admitido en la organización internacional, pero lo que le había traído a Estados Unidos, realmente, era otra cosa.

Pensaba distraerse mucho allí. De una forma regular, los tratantes de blancas le traían a su pedazo de desierto tronadas prostitutas francesas que llevaban mucho tiempo ejerciendo el oficio, y que ya no causaban la menor emoción a Omar el Yusuf.

Otras veces conseguían alguna nórdica, pero para conseguir ésas había serias disputas. Las vikingas altas, rubias y poderosas, cada una de las cuales parecía llenar un harén entero, no abundaban.

Por lo tanto, como otros de su clase, el jeque se divertía principalmente con esclavas traídas del interior de África en auténticas caravanas como las de la Edad Media, caravanas que gozaban de la protección. —O al menos la indiferencia— de algunos gobiernos del África Oriental. Todo aquel que creyese que la esclavitud había sido abolida en nuestro planeta, se llevaría una buena sorpresa visitando ciertos barrios de ciertas ciudades en la costa del Índico. Pero de eso apenas se habla.

Como en la Edad Media. —Pues los tiempos no han cambiado tanto— la esclavitud está en manos de mercaderes árabes. Son ellos los que escogen la mercancía incluso en Dahomey, en la costa occidental, donde se dice que están las mujeres más bonitas de África, y las transportan a través del continente negro. Esa mercancía la tenía Omar el Yusuf en abundancia, pero había llegado a cansarse de ella. Y, sobre todo, por muchos esfuerzos que sus proveedores hicieron, jamás consiguieron proporcionarle una fresca, sana, curvilínea y bien cuidada chica norteamericana. Ésa era una de las cosas que le había hecho venir a Nueva York.

Su chófer, que también era un árabe, musitó:

—¿Por aquí, señor?

—Sí. Quiero verlas otra vez.

El «Rolls» casi atravesó las filas de chicas, de modo que éstas tuvieron que detenerse. Los ojos pequeños y duros del jeque las examinaron con placer, casi con avidez, mientras el coche avanzaba con la máxima lentitud. Luego susurró, de una forma casi repentina:

—Ésa.

El hombre que iba en el asiento posterior, gruñó:

—Va a ser difícil, Yusuf.

—¿Por qué?

—Van muchas chicas juntas.

—No importa. Ya se separarán.

—¿Pero no tienes bastantes mujeres?

—Fué instalado a dos zorras norteamericanas en mi *suite* del hotel —dijo el jeque, casi escupiendo las palabras—, pero son simplemente eso: unas zorras. Una verdadera mujer americana, una

mujer normal, no la he tenido nunca.

—Eso te costará caro —dijo el hombre que iba en el asiento posterior.

—¿Y qué? El dinero no importa.

—No hablo solo de dinero. Me refiero, también, a que pueden surgir complicaciones.

—¿Por qué?

—¿Y lo preguntas? En Estados Unidos existe una buena policía.

—Pero, en cambio, existen malas costumbres.

—¿Qué malas costumbres?

—Las chicas desaparecen y sus padres piensan que se han largado con cualquier amigo y que volverán tan tranquilas después de haber tomado varias veces la píldora. Hasta transcurridos dos o tres días no empiezan a preocuparse un poco, y entonces avisan a la policía. Cuando ese momento llegue, yo ya estaré en San Francisco, volviendo a empezar otra vez. Las californianas tienen buena fama. Sé que van a gustarme.

Y rió lentamente, mientras se atusaba el bigotillo otra vez. El hombre que iba en uno de los asientos posteriores dijo, con una especie de cansancio:

—Está bien; la tendrás.

E hizo una seña para que el chófer parase. El «Rolls» se detuvo a la altura de la Calle Sesenta y aquel hombre descendió. No tuvo más que hacer una seña a la furgoneta que seguía al lujoso coche, a poca distancia.

Las chicas ya habían pasado, aunque todavía eran visibles. Por supuesto, ninguna de ellas se dio cuenta de la observación y de aquella especie de selección a que habían sido sometidas. La furgoneta se detuvo, también, el hombre subió a la cabina y se apartó del majestuoso «Rolls», que siguió con indiferencia su camino.

—Aquélla —dijo el hombre que acababa de subir a la furgoneta.

—De acuerdo, Charly.

El conductor maniobró con habilidad y se situó en la acera, cerca del sitio por el que las chicas pasarían. A aquella que había sido elegida casi la rozaron. La vieron descender hasta la altura de la calle Cincuenta y Tres.

—Síguela.

Como la furgoneta fingía ir a hacer un reparto, a nadie le llamaba la atención el que se detuviese de trecho en trecho, y menos a la preciosa muchacha que había sido elegida. Aún llevaba calcetines de colegiala y no estaba acostumbrada a que la siguieran, de modo que muchas cosas no tenían para ella significado alguno.

Los ojos astutos de dos hombres la vieron entrar en una casa de la calle Cincuenta y Tres, cerca de Radio City. La furgoneta pasó de largo.

Hubo una llamada por radio.

Quince minutos después, una furgoneta completamente distinta se situó cerca de la casa. La muchacha salió de nuevo a media tarde, con el mismo vestido, para reanudar las clases en la Culver School. Cruzó tranquilamente la calle casi por el sitio en que estaba aparcada la furgoneta.

Los ojos seguían clavados en ella.

Una voz susurró:

—Tiene que ser en Central Park, en un sitio donde no nos vea nadie.

—Bien, Charly.

Otra vez Charly estaba junto al conductor. Éste maniobró con cuidado y se situó en un lugar tranquilo de Central Park, por dónde sabía que iba a pasar la chica. A aquella hora, el lugar estaba casi desierto. A cincuenta yardas había unos jubilados y unos niños, pero éstos no intervendrían ni tendrían tiempo material de ver a la chica.

Ésta apareció.

Caminaba hundida en sus pensamientos.

Ni siquiera vio la furgoneta.

De pronto, los dos hombres saltaron al mismo tiempo. Ella no tuvo tiempo ni de gritar. El culatazo que recibió en el cráneo la dejó sin sentido.

No habían pasado cinco segundos cuando ya estaba, como un fardo, dentro de la furgoneta.

—¡Corre...!

Nadie se dio cuenta de nada. El vehículo arrancó. La muchacha se revolvió en el interior, mientras intentaba chillar desesperadamente, pero la inyección se le clavó en el centro del muslo, produciéndole una especie de calambre. Apenas unos

segundos más tarde, se hundía en un profundo sueño.

Cuando despertó, estaba en una casa de campo situada cerca de West Point, pero ella no lo sabía. Sus ojos solamente podían ver que era de noche, que se encontraba en una habitación pequeña y que la habían tendido en una cama. Las manos las tenía sólidamente atadas a los barrotes de la cabecera, mientras que sus piernas permanecían abiertas a causa de unas ligaduras más sólidas aún. La habían desprovisto enteramente de ropa.

Por la mente de la muchacha pasó, por primera vez, la nube negra del horror.

Se dio cuenta de lo que iba a suceder.

Chilló desesperadamente, mientras giraba con todas sus fuerzas, hasta hacer temblar el lecho, pero las sólidas ligaduras no cedieron ni un milímetro.

Entonces la puerta se abrió.

La voz dijo plácidamente:

—Yo, en tu lugar, no gastaría energías. La habitación está acolchada y completamente a prueba de sonidos.

El hombre que había dicho aquello hablaba en un inglés pastoso, lento.

La chica le miró con los ojos desencajados.

Y se dio cuenta de que era un árabe, aunque vestía como un occidental. Se dio cuenta de que la miraba codiciosamente. Supo comprender que detrás de aquellos ojillos palpitaban muchos siglos de despotismo y, lo que en cierto modo era peor, muchos millones de dólares.

Las manos se posaron en sus muslos.

Ella volvió a gritar angustiosamente.

—Calma —dijo la voz—, calma, muñeca... No hagas que la cosa sea peor. Te advierto que también sé usar el látigo.

Y las manos siguieron buscando su cuerpo.

Los labios se posaron ávidamente en su piel que nunca había sido besada por un hombre.

Ella ya no pudo ni gritar.

Su boca estaba crispada.

Sus músculos tensos.

Sus ojos desesperadamente abiertos.

Fue dos días más tarde cuando la furgoneta se la llevó de nuevo.

Eran casi las doce de la noche. A la una de la madrugada estaba en Nueva York.

La furgoneta se detuvo en una de las bocas del Metro de Queens. No había nadie a aquella hora.

Ya sólo funcionaban unos pocos ferrocarriles.

Charly, que era el que conducía, se apeó. Abrió las puertas posteriores de la furgoneta y miró a la chica.

Ella tenía la mirada perdida, como la de una loca.

Estaba muy quieta, demasiado quieta.

No parecía sentir nada.

Charley musitó:

—Vamos, no creas que somos tan malas personas. Lo malo ya ha pasado. Te dejaré en el Metro y quedarás libre. Nadie te va a hacer ningún daño.

Le tendió la mano.

Ella salió pesadamente.

Le costaba andar.

—Una sola advertencia —dijo Charley, con voz tensa—; ahora todo depende de ti. Estás a un paso de la libertad, pero si complicas las cosas, esa libertad no llegará nunca. No llates a nadie ni lances un grito. Dentro de unos minutos estarás sola en el Metro y completamente libre. No lo estropees ahora.

Ella movió la cabeza negativamente.

Confiaba.

Sabía que lo peor ya había pasado, que no le harían ningún daño más, puesto que caso de querer hacérselo, no la hubieran sacado de aquella casa aislada.

Descendió las sórdidas escaleras.

Y vio el andén oscuro.

Nadie allí.

El silencio y la muerte parecían flotar en aquel aire negro.

El hombre consultó su reloj.

—Estos trenes son puntuales. Falta un minuto —dijo.

El traqueteo anunció que el convoy llegaba. Lo que la muchacha no sabía era que se trataba de un expreso y que no paraba allí. Igual que una bala, enviando destellos de sus luces delanteras, el tren irrumpió en la estación.

Y entonces todo dio una vuelta completa ante los ojos de la

chica.

Ésta no llegó a comprender que estaba volando.

Que alguien la había empujado brutalmente.

Su propio alarido de muerte le pareció lanzado por otra persona situada muy lejos, infinitamente lejos.

Su cuerpo se dobló sobre la vía.

Su sangre saltó hasta el andén.

Las ruedas la hicieron pedazos.

Charley hizo una mueca.

Él era un chico delicado, ¡qué diablos!

No le gustaban según qué espectáculos.

Pero eso no le impidió correr con todas sus fuerzas antes de que el convoy se detuviera. Unos segundos después, había desaparecido. Cuando los que iban en el Metro empezaron a darse cuenta de algo, la sórdida estación ya estaba del todo desierta.

Charley fue a pie hasta la autopista del Kennedy Airport.

Allí le esperaba un coche. Ese coche le dejó en la Avenida Cuatro, muy lejos del lugar de los hechos.

Y ese coche era nada menos que un «Rolls». Cuando uno trabaja para gente rica, los detalles dan gusto.

CAPÍTULO V

LA MAQUINA IMPLACABLE

La mujer se acercó a la mesa, con una gracia felina. Como siempre, llevaba una bata larga hasta los pies y se tapaba con mucha discreción, pero había algo en ella quizá más excitante que si anduviera exhibiéndose. Ajustó una ventana que daba directamente a los arenales de Jamaica Bay y musitó:

—Te he traído el periódico, Clive.

Clive estaba desayunando y le echó un vistazo. Un avión secuestrado por terroristas, elecciones presidenciales en Portugal, crisis en el Gobierno español, estabilización económica en el área del dólar, deudas crecientes del Ayuntamiento de Nueva York... Y luego la ola de sucesos del día, los altercados, los problemas, los crímenes.

Sus ojos los analizaron uno a uno.

Asaltos callejeros. Los clásicos atracos a establecimientos modestos. Cuchilladas en Harlem. Dos muchachas violadas en las cercanías del Yankee Stadium. Un marido que lanza a su mujer a la calle desde lo alto de un rascacielos y una mujer que ahoga a su marido en una alcantarilla. Los había para todos los gustos.

Pero hubo uno que le llamó la atención de una forma especial.

La chica arrollada por un ferrocarril suburbano en Queens.

El titular decía sencillamente: «Suicidio». Y las primeras líneas de la noticia indicaban que la víctima había desaparecido de su casa dos días antes, cuando se dirigía a la Culver School, de la cual era alumna.

Los ojos de Clive se achicaron.

La mujer que estaba junto a él, musitó:

—¿Algo importante?

—No, nada de especial. Voy a salir unos minutos, porque necesito hacer unas preguntas en el Departamento de Justicia. Me advirtieron que iban a enviarme, dentro de poco, a una misión especial.

—Pero si acabas de regresar de una...

—Bueno, en realidad sólo estuve fuera un domingo —dijo Clive, con una sonrisa—. Tú también te marchas cuando tienes trabajo, y no digo nada.

—Pero es muy distinto, Clive —susurró la muchacha.

—¿Por qué?

—Yo soy corredora de fincas. Vendo hermosas casas a lo largo y ancho del país y cobro por ello una comisión del tres por ciento. No es peligroso. Pero lo tuyo resulta tan distinto... Sé que persigues asesinos a un lado y otro de Estados Unidos, y que siempre acabas cazándolos. Me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que un asesino acabe cazándote a ti.

Se sentó frente a él. Queriendo vestir de una forma sencilla, había en ella algo sensual hasta la médula, algo casi satánico, algo que era una fuerza de la Naturaleza. Pocas mujeres como Marcia llamaban tanto la atención en las calles de Nueva York. Pocas como ella eran un ciclón tan desatado cuando se ponían a amar.

Había cruzado las piernas.

La visión que ofrecía a los ojos del hombre era seductora, pero Clive ni siquiera pestañeó.

Marcia dijo lentamente, en vista de su silencio:

—A veces me pregunto por qué unimos nuestras vidas, Clive.

—Bueno, en realidad, no nos hemos casado —dijo, sonriendo, él—. Simplemente, nos encontramos de vez en cuando en esta casa.

—Justamente eso es lo que no comprendo, Clive, Nuestras vidas son tan absolutamente distintas...

Él no contestó. Fue hacia la puerta de la habitación, que estaba junto a una gran ventana. Desde allí veía batir las olas que llegaban desde la entrada de Jamaica Bay. Y también las olas parecían batir en su cerebro, que estaba obsesionado por un solo pensamiento.

Marcia le miraba pensativamente desde el centro de la habitación. Su bata ya se había abierto por completo. Había en su busto una fuerza palpitante, una llamada secreta. Diríase que vibraban sus piernas.

—Siento haber llegado tan tarde esta noche —susurró—. No hemos tenido tiempo de dedicarnos el uno al otro.

Él dijo con voz opaca:

—No.

Algo le obsesionaba, algo que no era el cuerpo de la preciosa mujer. Pero lo estaba mirando. Notaba aquella vibración secreta en su carne.

—Estás obsesionado por un solo pensamiento, ¿verdad? —susurró Marcia.

—Sí. Un solo pensamiento. Mi cochino trabajo —musitó Clive.

—Hay otros trabajos más cochinos aún, Clive —dijo ella con voz más pastosa.

—¿Cuáles?

—Los míos. Pero me gustan...

Y se acercó a él.

Lo besó fijamente, con fiereza, en la boca.

Se enroscaba como una serpiente.

Todo el cuerpo de la mujer vibraba.

Y la bata cayó silenciosamente.

Clive tomó su coche, un magnífico «Hurricane» especial, y lo dejó en un *parking* de Broadway cercano al Chinatown. Anduvo unos pasos y se introdujo en una cabina telefónica en forma de pagoda, como todas las de la zona. Marcó un número que conocía bien.

El timbre sonó quedamente en el siniestro interior de la tienda de Baxton, entre la *sex-shop* y la funeraria.

Baxton, el fabricante de objetos mortíferos, reconoció su voz.

—Sí, Clive —dijo—, ¿qué necesitas ahora?

—Que me falsifiques una orden del FBI. Envíamela a casa, como otras veces.

—¿Es que vas a salir? ¿Persigues a alguien?

—Me temo que sí. Lo necesito.

—Oye, Clive, no sé cómo Marcia tiene tanta paciencia.

—Ella también se ausenta. También tiene su trabajo. Y, si nos queremos, es lógico que uno tenga paciencia con el otro.

—Pero ella no tiene idea de que hace un año que no trabajas... ¿Ella piensa que sigues perteneciendo al FBI?

—Sí —dijo, fríamente, Clive—. Y cada vez que tú me envías una

orden falsificada, yo se la enseño. Y eso justifica mis ausencias. Cuando haya terminado mi venganza, volveré a ser, sencillamente, un federal. Pero mi venganza no ha terminado.

—Hay algo que no te he preguntado nunca, Clive... —dijo la voz queda de Baxton.

—¿Qué es?

—El porqué de esa venganza...

—Conocía a Rossie Burns —dijo, lentamente, Clive—. Era poco más que una chiquilla.

Y colgó.

Sus ojos eran más pequeños y dañinos que nunca. Luego se dirigió a La Morgue. Tenía muchas cosas que hacer en ella, y la primera era ver el cadáver de una muchacha que parecía haberse suicidado en una estación de Queens. Una muchacha que, como Rossie Burns, había sido poco más que una colegiala.

Por su parte, Marcia se dirigió desde Jamaica Bay hasta el lujoso hospital privado de Quincey, en Riverside Drive. Estacionó su coche, un precioso descapotable inglés de importación, un «Jaguar» color plata, y se adentró en el edificio. Fue directamente al despacho del administrador, un tipo gordo de astutos ojos grises. Éste la recibió con una mirada codiciosa no sólo por la belleza de la mujer, sino porque ésta era una auténtica mina de oro. Llevaba seis meses pagando una fortuna para que fuese atendido un hombre al que ni siquiera conocía.

Hacía falta un gran corazón para aquello.

No todo el mundo es capaz de gastar su dinero en tratar de salvar a un ser humano que, según los médicos, no tiene salvación alguna.

—Nos debe mil dólares más —dijo, tras mirar codiciosamente la línea de sus piernas—. Comprendo que es un gasto casi insoportable para usted, Marcia. ¿Cuánto tiempo va a poder soportarlo?

—Mientras este hombre viva —susurró la preciosa mujer.

—Usted sabe que no tiene salvación. Lo sabe perfectamente. Y sabe, también, que su sufrimiento es inhumano, terrible. Yo he visto morir de rabia a algunas personas y le juro que resulta estremecedor, pero ni siquiera la rabia admite comparación con lo que le pasa a ese hombre. Los más fuertes analgésicos no le calman. Su vida entera es un perpetuo aullido.

Ella movió la cabeza lentamente.

Había algo extraño en sus ojos, en su voz.

—Ni siquiera conocía a ese hombre —musitó al cabo de unos instantes—, pero siento una inmensa compasión por él. No tiene parientes, no tiene amigos... Lo encontré en la calle cuando sufría espantosamente, y lo traje aquí. Alguien tiene que cuidar de él, puesto que, al fin y al cabo, es un ser humano. Y en cuanto a sus sufrimientos... ¿qué se puede hacer? Mientras hay vida hay esperanza. No podemos matarlo.

Entregó el cheque de mil dólares y se puso en pie. El administrador del lujoso hospital privado ya sabía lo que quería; una vez por semana, aquella tentadora y caritativa mujer pagaba los gastos y observaba detenidamente a través de una ventanilla a su protegido Muller, el hombre a quien recogió en la calle. Entrar en la habitación no podía, porque los aullidos resultaban estremecedores. Atado de pies y manos para que no se suicidara, haciéndose sus necesidades encima y alimentándose a la fuerza por medio de un tubo, lo que había allí dentro ya no era un ser humano. Destrozado por el dolor, enloquecido, atiborrado de tóxicos que no le causaban ya el menor efecto, su única esperanza consistía en morir. Pero morir era, justamente, lo que no podía.

Marcia lo observó a través del cristal.

Sus ojos eran quietos, inexpresivos, fijos.

Al igual que en los ojos de Clive, no había en ellos expresión humana.

—Pobre hombre. —Fue todo lo que dijo.

Sus labios se plegaron en una mueca.

Era como una esfinge a la vez dulce, caritativa y terrible.

El médico que estaba al cuidado del sector, musitó:

—Esto es espantoso, señorita Marcia. Me pregunto hasta qué punto tenemos derecho a conservarlo vivo.

—Deben hacerlo —susurró ella, con voz inexpresiva—. No sólo lo manda la moral, sino que lo manda también la ley. Debemos hacerlo.

—Pero es que lo que le ocurre a este hombre es algo que no tiene sentido. Es algo que... Bueno, da angustia, incluso, el solo hecho de mencionarlo.

Y añadió con una voz cortada, con una voz remota:

—Algunos pescadores usan un invento terrible para vengarse de los tiburones que han devorado a uno de los suyos. Cuando atrapan al escualo vivo, le introducen en su enorme estómago, a través de la boca, unas pequeñas plantas marinas que consisten en unas bolas de agudísimos pinchos, las cuales se nutren de los tejidos del estómago y van creciendo allí, en el interior del animal, hasta que los pinchos lo deshacen por dentro y lo destruyen totalmente, entre sufrimientos horribles. Los pescadores, al soltar al tiburón otra vez, saben que lo condenan a una agonía sin nombre que durará, a veces, dos semanas. Con ese hombre ha ocurrido algo parecido, como usted sabe, Marcia. Alguien le hizo tragar una docena de bolas, envueltas en una materia plástica que luego se deshizo una vez en el interior del estómago. Entonces los pinchos se hincaron en esos tejidos, los más sensibles del cuerpo humano, y crecieron allí monstruosamente, hasta llenarlo todo. Cuando usted lo trajo aquí, aullaba ya como un condenado, pese a que llevaba sólo dos días con esos instrumentos de tortura dentro. Lo operamos, pero hubiésemos tenido que extirparle totalmente el estómago y la mayor parte del aparato digestivo, que estaban materialmente cribados. Era como condenarle a muerte, y eso no se puede hacer. Es una operación prohibida. Conseguimos, aun así, dejarle una mínima parte del estómago, eliminando ocho de esas bolas, pero quedaron cuatro, y esas cuatro ya no hay quien las arranque. No le podemos operar otra vez. Y Muller sufre espantosamente sintiendo que los pinchos crecen y crecen y le van perforando desde dentro. Nunca he visto, créame, una agonía semejante.

Marcia seguía mirando por el cristal.

Su rostro continuaba imperturbable, hermético.

—¿Cuánto puede durar aún? —musitó.

—Quizá una semana. Las hemorragias ya son continuas. Se está bebiendo su propia sangre.

—Háganle transfusiones —ordenó Marcia, secamente—. Las que sean. Mientras hay vida, hay esperanza. Yo corro con los gastos.

Y se volvió, poco a poco, mientras secaba sus ojos húmedos y musitaba:

—Pobre hombre...

CAPÍTULO VI

DETRÁS DE LAS HUELLAS

Clive miró de soslayo a la pobre mujer que estaba en la sala, recorrida por estremecimientos rítmicos, y en cuyos ojos ya no había fuerza ni para llorar. Eran unos ojos espantosamente vacíos, que miraban a la nada; los ojos que hubiese podido tener una mujer muerta.

Clive sabía que era la madre de la chica que iba a Culver School. Sabía que había ido a recoger sus restos.

—Parece que la raptaron dos hombres, en una furgoneta —le explicó el forense, mientras pasaban a la sala de luz cruda donde yacían los cadáveres—. Y puede que la chica se suicidara después de lo ocurrido, pero puede, también, que la mataran arrojándola a la vía para que no hablase. La autopsia demuestra que fue violada repetidamente y de una forma brutal, pero siempre por el mismo hombre. Las pruebas obtenidas así lo acreditan. Por eso deducimos que debió ser un tipo de unos treinta años, con excelente salud. Por lo demás, no sabemos nada.

Los ojos de Clive se entrecerraron.

Como de costumbre, no había tampoco la menor expresión en su rostro. Miró lo que quedaba de la chica y sus dedos se crisparon. Eso fue todo. Luego, susurró:

—¿De modo que una furgoneta?

—Sí. En Central Park. Unos jubilados y unos cuantos niños pudieron verlo.

—¿Tomaron la matrícula?

—No. Fue imposible.

Los puños de Clive crujieron en el silencio siniestro de la habitación.

—De modo que la ultrajó un solo hombre —dijo, con voz opaca.

—Sí.

—Y a esa chica tuvieron que raptarla, al menos, dos.

—Sí, claro.

—Lo cual indica que fue un trabajo hecho por encargo. Y los encargos de esa clase sólo pueden hacerse por cuenta de gente fabulosamente rica.

No dijo nada más. Fue hacia la puerta y se dispuso a salir. Sus dedos se disponían a girar el pomo, cuando el forense dijo:

—Parece que han detenido a alguien. No hay demasiada gente en Nueva York capaz de hacer un trabajo semejante, y los pocos que hay, están fichados.

Los ojos de Clive se animaron un momento, sólo un momento.

—¿Quién ha hecho la detención? —preguntó.

—El inspector Lekay.

Clive no dijo nada.

Sólo hizo un gesto inexpresivo. Salió.

Pero las horas siguientes las dedicó a visitar la oficina del fiscal del Distrito, donde supo que Lekay había solicitado una orden de detención contra un tal Charley, como supuesto autor del rapto de la chica. Pero en la oficina del fiscal del distrito le informaron, además, de que no había pruebas y la orden de detención no iba a ser extendida. Por lo tanto, aquella misma noche, Charley quedaría en libertad.

Clive salió de allí.

Movió otros resortes. Hizo otras gestiones rápidas y secretas.

Supo quién era el abogado de Charley y supo de qué Banco había sacado dinero por si hacía falta una fianza. Fue a ese Banco y se enteró de que en la cuenta de Charley habían ingresado veinte mil dólares el día anterior. El dinero había llegado mediante una transferencia de un tal Omar el Yusuf, un árabe que había aparecido en Nueva York pocos días antes.

Clive apretó los labios, mientras una mirada dañina aparecía en sus ojos.

Tremendo fallo.

Cuando uno paga unos servicios así, lo primero que tiene que pensar es en pagar en maño y en billetes pequeños. Una transferencia bancaria es una pista demasiado concreta.

Clive volvió a su casa de Jamaica Bay, enseñó a Marcia la orden que acababa de recibir y que Baxton había falsificado puntualmente. Le dijo que estaría fuera quizá tres días y se largó, pero sin alejarse de Nueva York. En realidad, se quedó aguardando casi toda la noche ante la oficina de Lekay, esperando que soltaran a Charley.

Éste salió al fin, al amanecer, cuando se agotó el tiempo reglamentario de detención. Iba en compañía de su abogado. Los dos subieron a un magnífico «Chevrolet» azul.

Clive los siguió a distancia.

El abogado dejó a Charley en unos billares de Coney Island. La sala oscura, inhóspita, casi lúgubre, estaba vacía. Sólo un guardián mataba allí las horas leyendo revistas porno. Hizo una mueca al ver a Charley.

—¿Tú por aquí? —murmuró—. No hay nadie...

—Quiero ver a Goland.

—¿Para qué?

—Tiene que buscarme un buen escondite por una temporada. La policía puede ponerse pegajosa y no me interesa.

—Goland no está aquí, pero vendrá mañana hacia las diez. Vuelve entonces...

—No quiero volver. Me corre prisa, ¿entiendes? Prisa... Prefiero dormir aquí. Ese perro sarnoso de Lekay me ha estado interrogando casi cuarenta y ocho horas seguidas, sin dejarme pegar ojo. ¿Tienes una cama?

—Sí. La mía.

—La utilizaré hasta que venga Goland. Consígueme, mientras tanto, una botella de ron.

—No será fácil.

Charley le alargó nada menos que veinte dólares.

—Toma y consíguela, hijo de zorra. Tú sabes dónde.

El hijo de zorra tomó los veinte dólares y se largó. Charley quedó solo mientras lanzaba un suspiro de cansancio. Descendió por las empinadas escaleras y encendió las luces. Un resplandor crudo, casi violento, se estrelló contra los tapetes verdes de las mesas.

Él tomó un taco.

Pese a sus ojos cargados de sueño, fue a hacer unas carambolas, mientras le traían la botella. Sabía que sólo conseguiría calmar sus

nervios si se concentraba en la jugada. Fue a dar el primer golpe.

Y, de pronto, aquellas manos hercúneas le volvieron de espaldas, haciéndole girar como si fuera un saco. Charley se encontró, de repente, aplastado contra el tapete verde de la mesa de billar. Sus ojos se desencajaron cuando vieron encima de él aquellos ojos inhumanos y cuando el taco cruzado sobre su garganta empezó a apretar en ella, estrangulándole poco a poco.

Clive le dirigió una sonrisa helada.

Una sonrisa de verdugo que ama su oficio.

—Quiero saber la dirección de Omar el Yusuf —musitó—. Tengo un negocio con él.

—Omar el Yusuf... Yo... yo no conozco a ese hombre.

—¿Entonces por qué te da tanto dinero? ¿Es tu querido?

Charley se estremeció hasta la médula de los huesos. La policía no había conseguido aquella pista, pero, en cambio, el desconocido que estaba encima de él lo sabía. Con voz entrecortada insistió:

—Repito que no le conozco. Debe ser un error...

—Sí —musitó Clive con voz helada—. Un error.

Y sonrió otra vez.

Sus brazos presionaron en el taco, cruzado sobre el cuello de Charley.

Lo estranguló contra la mesa de billar. Apretó el taco hasta que el cuello de su víctima pareció quedar reducido al tamaño de una moneda de medio dólar. Luego lo soltó, mientras en sus labios se dibujaba una mueca de asco.

No necesitaba saber nada más. De todos modos, la pista de Omar el Yusuf sería fácil seguirla. Lo primero que hizo para ello fue salir de allí y dirigirse al Waldorf, donde se había instalado el jeque durante su estancia en Nueva York. A las ocho de la mañana sabía ya qué número de vuelo le había llevado a San Francisco y qué *suite* de lujo había alquilado en el Sheraton de la capital californiana.

Clive tomó el siguiente vuelo.

Era media tarde cuando llegó a San Francisco. Un taxista que hablaba español le condujo a un chalet alquilado cerca de Sausalito, un lugar tranquilo y apacible desde el que se oía la lentitud del oleaje. Clive se instaló allí, pero con las primeras sombras de la noche tomó otro taxi para dirigirse al Sheraton.

No fue difícil dar con Omar el Yusuf.

Llevaba muy poco tiempo allí, pero todo el mundo le conocía ya, a causa del gran número de habitaciones que necesitaba para su harén. Supo, también, que había alquilado con tiempo un «Rolls» color plata.

Lo demás fue fácil.

Casi se diría que asquerosamente fácil.

Omar el Yusuf quiso dar una vuelta por el campus de la Universidad de Berkeley, porque a pesar de la hora, sabía que muchas alumnas jóvenes se reunían allí. El fulano estaba de un excelente humor y quería echar un vistazo. Según su acreditada opinión, una chica californiana no tenía por qué ser menos agradable que una chica neoyorquina.

El chófer, en el que ni siquiera se fijó, le condujo hasta allí. Silencioso y hermético, conducía con la gorra calada hasta los ojos.

Pero Omar el Yusuf nunca llegó a Berkeley.

Nunca más su cuerpo volvió a aparecer con todos los miembros completos.

Cuando un pescador aficionado Lo descubrió, tres días después, entre las rocas de la costa, los cangrejos gigantes habían devorado parte de su cuerpo. Lo peor era que lo habían devorado vivo, porque el árabe estaba sujeto a los salientes de las rocas con una cadena, teniendo medio cuerpo hundido en el agua. Una mordaza que casi le debió ahogar al principio, le había impedido gritar.

Fue una de las muertes más espantosas que se recordaban en la historia criminal de California.

Pero lo peor fue que el «Rolls» alquilado apareció con las llaves de contacto puestas en el campus de la Universidad. A falta de alguien que lo reclamase, las jóvenes estudiantes lo estuvieron usando durante dos semanas. El santo varón que fue Omar el Yusuf se hubiese muerto de envidia.

Porque, precisamente, las que siempre andaban arriba y abajo con el «Rolls» eran las más suculentas.

CAPÍTULO VII

LA CADENA

La voz ligeramente aflautada dijo quedamente a través del hilo, de un lado a otro del país:

—Tobbs al habla.

Otra voz, en la lejana Chicago, le respondió. Era la de una mujer, una mujer casi aterrorizada que gimió, simplemente:

—Le ruego que no me vuelva a llamar, señor Tobbs. Tengo la sensación de que estamos vigilados por la policía. Todo esto ha sido horrible...

—¿Horrible por qué? ¿Qué te pasa?

—¿Y lo pregunta? Todos han muerto... ¿No lee los periódicos? La masacre de la Cuarta Avenida... Fue tremendo.

—Ha sido una serie de casualidades, pero eso no significa que la policía esté sobre nuestra pista, sino todo lo contrario. Éste es precisamente el mejor momento para reconstruir el grupo —dijo Tobbs.

—Las noticias que he recibido son aterradoras, señor Tobbs. Una verdadera masacre... Yo no quiero morir como los otros y por eso deseo abandonar todo esto. No vuelva a llamarme más... ¡Quiero dejarlo...!

Y al otro lado del cable, en la lejana Chicago, la mujer que había hablado con Tobbs colgó el teléfono, dando por terminada la conversación. También en Nueva York, una mano suave y que no parecía haber sido hecha para la violencia, depositó el aparato sobre la horquilla. En el rostro joven y bien parecido de Tobbs, una arruga vertical de preocupación partió en dos la frente.

Paseó por su magnífico despacho de la Cuarta Avenida, donde seguía haciendo vida normal para que la policía no recelase. Una

por una, las oficinas iban siendo investigadas y a él no le interesaba que se notase la menor anormalidad. Una serie de secretarios y de oficinistas trabajaban allí de la forma más natural del mundo, sin sospechar cuál era la verdadera índole del negocio. Al fin y al cabo, la Compañía Tobbs de Exclusivas Cinematográficas tenía una apariencia la mar de respetable.

Quieto en el sillón rotatorio, mirando a través de la inmensa ventana la inacabable perspectiva de Nueva York, Tobbs pensó fríamente en su negocio que estaba a punto de hundirse. Con lo que le habían dado las chicas explotadas a lo largo del país, había podido fundar el negocio perfectamente legítimo de las exclusivas cinematográficas, pero eso no era lo que le importaba. Apenas iba allí un par de veces a la semana a repasar las cuentas de beneficios, ya que la verdadera utilidad de aquellas oficinas estaba en su servicio de tapadera. Lo que le seguía dando dinero. —Dinero largo y de verdad— eran las chicas.

Los finos labios de Tobbs se fruncieron en una mueca.

Desde que la prostitución había sido declarada ilegal, la carne humana era una de las mercancías que más habían visto aumentar su precio. Pese a que se decía que en el mundo existía una mayor libertad sexual, eso no era absolutamente cierto. Para conquistar a una chica, hacía falta meses, como en otro tiempo, y no todo el mundo disponía de meses y meses para dedicarlos a eso. Los grandes ejecutivos que se movían de ciudad en ciudad y que, tenían buen gusto, necesitaban un servicio selecto y rápido. Los casados que engañaban a su mujer también elegían unas relaciones fáciles y discretas. Por una chica de buen ver, se pagaba cuarenta veces más que diez años antes.

Y el negocio de Tobbs consistía en colocar chicas de buen ver, allí donde hiciera falta. Por otra parte, estaban los árabes, los nuevos ricos del mundo, que estaban eliminando de sus harenes toda la roña de otro tiempo. Cada chica desaparecida de Occidente significaba, también, una verdadera fortuna, que Tobbs podía reinvertir en conducciones de jóvenes esclavas a través de África. Una vez vendidas en el golfo Pérsico, esas jóvenes centuplicaban su valor, pese a haberse pagado buenas propinas a los funcionarios de los países que atravesaban.

Tobbs calculaba que en sólo diez años podía convertirse en una

de las personas más ricas del país, así como en una de las más influyentes en el sentido político. El fichero que iba teniendo en su poder era ya de la mayor importancia, y en él había numerosas fotos comprometedoras para ciertos políticos de Washington. Algunas de las chicas explotadas podían comprar su libertad si firmaban declaraciones explicando en qué habían consistido sus relaciones sexuales con determinados personajes, y si, además, podían procurar fotos con escenas escabrosas, obtenían encima una recompensa en metálico. Tobbs sabía que, dentro de muy poco, sus posibilidades de chantaje afectarían a banqueros, a políticos, a militares y hasta a algún predicador. Con tal de no contar lo que sabía, obtendría lo que quisiese. Los tentáculos de su poder iban a llegar hasta los aledaños mismos de la Presidencia.

Y todo eso se hundía, ahora, a causa de un solo hombre, de un desconocido del que nada sabía excepto que era el asesino más implacable entre los que andaban sueltos por Nueva York. Eso, y que quería vengar a Rossie Burns, una de las chicas raptadas. De ahí había nacido la terrible matanza.

Los ojos de Tobbs se entrecerraron.

Un pensamiento casi luminoso cruzó su mente.

Claro... Era absurdo, pero hasta entonces no había prestado atención a aquello. ¡Y, sin embargo, resultaba tan sencillo! Siempre había pensado que le sería imposible descubrir la identidad de su enemigo, pero, sin embargo, se daba cuenta ahora de que Lo tenía, realmente al alcance de la mano.

¡Claro!

La pregunta consistía en lo siguiente: ¿qué amigos había tenido Rossie Burns?

Descolgó de nuevo el teléfono con línea privada y marcó un número. Al otro lado del cable le respondió una voz gangosa:

—¿Sí?

—Oye, Carter, este fin de semana tienes que entrar en el que fue domicilio de Rossie Burns. Supongo que la recuerdas perfectamente.

—¿Cómo no?

—Sus padres estarán fuera. Quiero que me traigas todas sus cartas, que ellos conservan como recuerdo. Todas sus fotografías. Los objetos personales. Todo lo que tenga alguna relación con ella. ¿Entiendes?

—Entiendo perfectamente, señor Tobbs.

—Hoy es viernes. Por lo tanto, el trabajo lo puedes hacer mañana.

—Es fácil. Delo por hecho.

La mano suave y que no parecía hecha para la violencia, colgó:

Otra llamada.

Ésta a Chicago.

Una nueva voz gangosa le respondió. Era la voz de un alcoholizado, de un profesional tronado por todas partes, de un asesino barato.

—Janine se ha puesto tonta —dijo la voz aflautada de Tobbs—. No piensa colaborar más. Dice que quiere retirarse del grupo.

—¿He de convencerla? —preguntó la voz gangosa.

—No. A ésa ya no se la puede convencer.

—¿Pues entonces qué...?

—Liquídala, pero liquídala de un modo que sirva de ejemplo. Y que todo el mundo se entere. Que se sepa que los que incumplen mis órdenes no tienen ninguna posibilidad de vivir.

Colgó.

Luego echó la cabeza para atrás, mientras sus pensamientos se iban diluyendo en una especie de remanso de paz.

No todo estaba perdido, después de la terrible masacre del domingo. Podría reconstruir su imperio.

Y, sobre todo, lo más importante: antes de cuarenta y ocho horas sabría quién era su implacable enemigo...

CAPÍTULO VIII

LUCHA A MUERTE

No era solamente Tobbs el que estaba preocupado por descubrir la verdadera identidad de Clive: también un hombre llamado Lekay, uno de los mejores y más implacables jefes de la policía neoyorquina, había empezado a situarse sobre su pista.

Todo empezó para él en la coincidencia de dos noticias, al parecer distintas. La primera noticia. —Que iba a tener amplia repercusión internacional— trataba de la aparición del cadáver de un magnate árabe, Omar el Yusuf, en las rocas que bordean la costa californiana. El hombre había sido embadurnado con una sustancia que atraía a los cangrejos gigantes y éstos se lo habían comido vivo. Ni en la más alucinante de sus pesadillas. —Y eso que era un especialista—, hubiera pedido soñar Lekay una muerte peor para un hombre.

La segunda noticia no iba a tener repercusión internacional alguna, pero para Lekay tuvo, desde el principio, el máximo interés: un tipejo llamado Charley, un fulano de mala vida, había tenido una mala muerte en unos sótanos cercanos a Coney Island. Le habían agarrotado hasta la muerte, apretándole contra la garganta un taco de billar.

Todo eso no hubiera tenido la menor relación para Lekay, de no existir un dato. Una vieja fotografía mostraba a Charley al volante de una furgoneta que pudo ser la que emplearon para raptar a una chica en Central Park; la misma chica que luego se suicidó lanzándose al paso del tren subterráneo en Queens.

Lekay hizo buscar aquella furgoneta. Y como era lógico, la encontró.

Sus expertos la analizaron.

Encontraron parte de la ampolla de un inyectable que había contenido un somnífero.

¿Un somnífero, para quién?

El segundo paso consistió en trincar a unos cuantos amiguetes de Charley. Ninguno de ellos recibió un solo golpe, para que luego no dijeran los forenses, pero a todos se les tuvo con la cabeza bajo el agua hasta que empezaren a rezar. Y, puesto que Charley y Omar ya estaban muertos, no tuvieron ningún inconveniente en cantar todo lo que sabían. El hijo de perra de Charley había raptado a la chica para el hijo de perra de Omar el Yusuf. Pero ellos, tan inocentes. Ellos no sabían. —Ni podían imaginárselo siquiera, los pobres— lo que Omar el Yusuf pensaba hacer con la chica.

Lekay los entregó al fiscal del distrito, el fiscal del distrito los empitonó por complicidad en un rapto y violación y preparó una petición de pena de seis años, aun sabiendo que el jurado declararía inocentes a aquellos dos tipos. Y aún declarándolos culpables, saldrían en libertad condicional al cabo de un año.

Pero no era eso lo que importaba a Lekay, porque aquellos tipejos eran simple calderilla. A Charley, en cambio, lo hubiese hecho matar en un descuido de un agente, pero Charley ya estaba muerto. En cuanto a Omar el Yusuf, sonrió complacido, pensando en lo que aquel tipo habría sentido mientras los cangrejos lo devoraban, poco a poco.

Pero quedaba una cuestión pendiente, y era la del autor de la masacre de Madison Avenue. Tenía que encontrar al verdugo de aquel domingo de sangre, o su prestigio se iría al infierno. Y, con los datos que ya tenía, su trabajo no fue tan difícil.

Primer dato: un tipo llamado Clive había ido a ver el cadáver de la chica de la Culver School sin motivo aparente alguno.

Segundo dato: un tipo llamado Clive había sido visto cerca de los billares de Coney Island.

Tercer dato: Un tipo llamado Clive había volado a San Francisco poco antes de que muriese el árabe, y había regresado a Nueva York, poco después.

Cuarto dato: Un tipo llamado Clive pertenecía al FBI, pero había pedido una excedencia especial para tener las manos libres en no se sabía qué. Y eso había ocurrido poco después de la muerte de Rossie Burns.

Quinto dato: Un tipo llamado Clive era el mejor tirador salido jamás de la escuela de Quántico. Y poseía tal dominio del kung-fu que con sólo dos dedos podía matar a un hombre.

Sexto dato: Por lo tanto. Clive tenía que ser el hijo de la gran perra que Lekay andaba buscando.

Lekay sintió que sus manos se crispaban sobre la mesa.

Averiguó su domicilio: una magnífica casa antigua de Jamaica Bay. Vivía allí con una preciosidad llamada Marcia, a la que cierta vez salvó la vida. Una magnífica mujer con la que uno podía hacer el amor aunque fuese dentro de un ataúd de bronce.

Los labios de Lekay se fruncieron.

—A ese tipo me lo reservo yo —dijo—. Pero a muerte.

Sabiendo que no iba a poder capturarlo si no le clavaba antes una bala, Lekay hizo algo completamente prohibido por todos los reglamentos: se situó en la más alta azotea de Jamaica Bay y con un rifle de alta precisión vigiló la playa y los aparcamientos de los coches. Había aún luz de día, cuando vio llegar a Clive.

Lekay apuntó cuidadosamente.

Pensó en enviarle una buena bala a la cadera. Y cuando el tipo tuviese que avanzar dando el salto del canguro, lo atraparía.

Apuntó cuidadosamente.

Contuvo la respiración, mientras en el centro exacto del visor se reflejaba la cintura de Clive.

Pero Lekay no contó con una cosa: Clive sabía que en cualquier momento podían descubrirle y atraparle, y por lo tanto contaba con un sistema de seguridad para prevenir sorpresas. Aquel sistema de seguridad era sencillo y consistía en los dos espejos retrovisores de tipo exterior que tenía su coche. Eran, en realidad, dos enormes cristales de aumento que aproximaban todo lo que estuviera a respetable distancia. Como, ante la casa, tenía Clive un puesto de aparcamiento fijo, los cristales estaban dispuestos de tal modo que enfocaran, no hacia la parte posterior del coche, sino hacia los tejados de las dos únicas casas desde las que podían tirotearle. Puesto que Clive podía aparcar siempre de la misma forma y colocar las ruedas en el mismo centímetro exacto, los cristales quedaban ya enfocados hacia las dos casas apenas el coche se detenía.

Y por uno de ellos vio el brillo del rifle.

Era como si lo tuviese a menos de veinte yardas.

Hasta distinguió la cabeza del hombre.

Clive se apeó tranquilamente, como si no hubiera visto nada, pero inmediatamente después dio un auténtico salto de gato hacia la casa. La bala, disparada con silenciador, se hundió entre unas matas de flores que había a un lado de la casa, después de haber pasado exactamente por el sitio que ocupaba antes la cadera del hombre.

Mientras volaba materialmente, Clive había sacado ya su «Luger» de gran precisión, en la que había un corto silenciador acoplado. Apenas se oyó un taponazo mientras disparaba hacia el tejado.

Para ser hecho con arma corta, aquel disparo resultó de una precisión asombrosa, casi increíble. El propio Lekay no lo entendió cuando la bala se le llevó en silencio una pequeña parte de la oreja izquierda. Y hasta tuvo la sensación de que Clive no había querido matarle, porque, de lo contrario, aún pudo haber afinado un poco más.

Lekay se restañó la sangre.

Sus ojos estaban vidriosos.

En ellos palpitaba la rabia, pero, al mismo tiempo, palpitaba también una secreta admiración. Porque si algo respetaba Lekay era un enemigo que fuese capaz de vencerle.

Comprendió que su plan para cazar a Clive por la vía rápida había fallado, pero al menos sabía una cosa: ahora podía estar seguro de que aquel hombre era el diablo que estaba buscando. Por lo tanto, podía emplear para la detención los sistemas legales, ya que los ilegales estaban fallando.

Se retiró velozmente.

Dentro de un cuarto de hora podía estar un patrullero allí.

Clive también lo sabía, de modo que se dio prisa. No obstante, en lugar de largarse de allí en su propio automóvil, resolvió hacerse con otro, en alguno de los *parkings* al aire libre que estaban en el lado opuesto de la casa. Su coche, una vez lo habían visto, resultaba demasiado vulnerable.

Entró en la casa.

Y se encontró con los ojos de Marcia.

Sus ojos asustados.

Sus ojos quizá demasiado grandes.

—Me he dado cuenta de lo sucedido, Clive —bisbiseó ella rápidamente—. No se han oído los disparos, pero alguien ha disparado contra ti, estoy segura. Y te he visto, también a ti, manejar la «Luger».

La muchacha parecía realmente asustada. Sus labios temblaban. Las manos asieron, sin que ella misma se diera cuenta, las solapas de la americana del hombre.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —exclamó—. ¿Qué es lo que está pasando?

—Un pequeño problema —dijo él sin inmutarse—. Por la forma como han rodado las cosas, puede que sea un policía el que me ha tiroteado, de modo que pronto rodearán la casa. Dispongo de cinco minutos escasos, y quiero aprovecharlos. Voy a largarme de aquí por un largo tiempo, pero antes quizá convenga que te diga una cosa, Marcia. No es justo que te tenga engañada durante más tiempo.

—¿Engañada en qué sentido? —bisbiseó Marcia—. ¿Una mujer?

—Sí, en cierto modo. Pero es una mujer muerta.

—¿Qué... estás diciendo?

Clive dio un solo nombre, con expresión imperturbable.

—Rossie Burns.

Ni un solo músculo se movió en la cara de Marcia.

—¿Quién es Rossie Burns? —musitó—. ¿O quién era?

—Una muchacha a la que condenaron a un suplicio inhumano. Yo la conocí por una serie de circunstancias y sentía por ella un inmenso aprecio. Era mi mejor amiga, pese a la diferencia de edad, y esa amistad que teníamos era pura y limpia como ninguna otra. Un día, no hace mucho tiempo, una pandilla de desalmados decidió convertirla en una máquina tragaperras. Lo que hicieron con ella fue lo mismo que habían hecho con otras, pero casi no lo quiero ni recordar.

Sus ojos despidieron una llamita peligrosa.

Y le contó todo en breves palabras.

El rapto. La violación repetida. La prostitución forzada. La salvaje muerte.

Todo.

Marcia le escuchaba sin responder, sin mover un músculo, mientras sus ojos despedían un extraño brillo gris.

En dos minutos escasos explicó lo que había sucedido. No omitió un detalle: sabía quién dirigía aquel miserable negocio. Sabía que se llamaba Tobbs y que tenía un lujoso despacho en la Cuarta Avenida, pero aún no había podido verlo de cerca. Aún no había podido ajustarle las cuentas, aunque esperaba la ocasión. Tobbs era escurridizo, era hábil, y aparecía poco por aquel despacho. El resto del tiempo resultaba casi imposible saber dónde se metía.

—Pero liquidé, prácticamente, a todo su estado mayor —dijo Clive, sombríamente—. Fue el domingo de sangre del que seguramente oíste hablar en los periódicos y en la televisión. Deshice su banda. Ahora es como una bestia acorralada que sólo puede esperar una cosa: la muerte.

—Pero quizá antes te maten a ti —susurró Marcia mientras hundía la cabeza, como si las fuerzas le fallasen.

—Es posible.

—¿Estás seguro de que el que te ha tiroteado no era un hombre de Tobbs?

—No, porque lo hubiesen hecho entre varios. Yo apostaría a que es el polizone a quien han encargado investigar lo de aquel domingo: un perro de presa llamado Lekay. Ésos son sus métodos. No iba a disparar contra mi cabeza, sino contra mi cadera. De un modo u otro, quería cazarme vivo.

Los hermosos ojos de Marcia se nublaron.

Con voz opaca, preguntó:

—De modo que cuando decías que estabas en misión especial te dedicabas a eso, ¿verdad, Clive? A vengar a Rossie Burns...

—Sí. A buscar a esos hombres de un lado a otro del país y matarlos como a hienas rabiosas.

—Nunca lo hubiera imaginado, Clive.

La voz de la muchacha temblaba.

Habían nacido, en su frente, unas gotitas de sudor.

—Cuando nos conocimos —añadió—, creí que eras otra clase de hombre. Nunca me has dado explicaciones de nada ni me las has pedido, ésa es la verdad, de modo que, en cierta manera somos unos extraños el uno para el otro. Nuestros cuerpos se aman, pero se desconocen nuestras almas. Cuando nos pusimos a vivir juntos, te

juro que no hubiera podido imaginar todo esto.

Clive preguntó con voz opaca:

—¿Te asusta?

—Me asusta por ti.

—Pues quítatelo del pensamiento. Lekay no va a poder conmigo, y en cuanto a Tobbs te juro que dentro de poco los amigos que aún debe tener, asistirán a su entierro. Por cierto, va a ser un entierro muy curioso, porque lo qué quede de él va a caber en medio cubo de basura.

Y fue hacia la puerta.

Marcia gritó:

—¡Clive!

Pero tuvo la sensación de que él ya no la oía siquiera. Lo vio marchar por la parte trasera de la casa. Lo vio dirigirse al enorme *parking* al aire libre en el que había casi un centenar de coches.

Un momento después, desaparecía como por encanto. Habían transcurrido exactamente seis minutos desde que entró en la casa.

A lo lejos comenzaba a oírse la sirena de un patrullero.

Marcia apretó férreamente los puños. Seguía habiendo en sus ojos una expresión extraña, pero cualquiera que la conociese hubiera dicho que sus ojos estaban a punto de llorar.

De la misma forma que Lekay había sabido una serie de cosas, Tobbs las supo, también, con una rapidez admirable. El hombre que entró en la casa donde en otro tiempo había vivido Rossie Burns, encontró una serie de fotografías en las que Rossie aparecía con un hombre. Ese hombre era Clive. Encontró también otras en las que ambos se habían retratado con un hombre ya viejo en la puerta de un establecimiento de antigüedades cuyo rótulo era muy fácil ver. Se trataba de fotografías muy nuevas, muy recientes, pero que, sin embargo, tenían ese algo misterioso y gris que les había dado la presencia invisible de la muerte.

Tobbs dio una serie de órdenes.

Pese a la masacre del domingo anterior, disponía aún de dos hombres, en Nueva York. A uno le ordenó que localizara enseguida la dirección exacta de aquella tienda de antigüedades y averiguara si el dueño estaba dentro. Al otro le encargó una maleta cuyo manejo conocía Tobbs muy bien.

Aquel mismo anochecer, Tobbs descendía de un coche alquilado

en las cercanías de la tienda de Baxton y entraba en ella. La calle estaba desierta. La puerta estaba cerrada, pero en el interior, a través de los cristales opacos, se veía brillar una lucecilla.

Tobbs entró con una llave falsa.

Y esperó quietamente a que cerrara la noche.

Tranquilidad.

Silencio.

Sabía que Baxton estaba dentro. Sabía que nada podía fallar.

Cerca de la medianoche abrió la maleta y extrajo lo que había allí. Se trataba de un pequeño lanzallamas con su correspondiente depósito de combustible. Tobbs encajó las piezas bien, mientras apretaba los labios.

Y penetró donde estaba Baxton.

Sonrió.

Su sonrisa era helada, cínica.

Pero había algo especial en ella.

Había algo tan especial en aquella sonrisa que Baxton, al fin y al cabo un hombre con más de setenta años de experiencia, adivinó la increíble verdad. Algo que otros muchos hombres no habían podido entender, pero que él comprendió cuando ya era demasiado tarde.

Dijo, con un soplo de voz:

—¡Nooooo...!

Fue su última palabra.

Toda la fuerza del lanzallamas se proyectó de lleno sobre él. Un alucinante chorro de fuego le envolvió. Su pequeña figura salió despedida contra la pared, donde hacía docenas de muebles con la madera muy seca.

El incendio adquirió enseguida proporciones gigantescas.

El chorro de fuego llegaba a todas partes, a los últimos rincones. Lo arrasaba todo con su fuerza. Los aullidos de Baxton pronto se extinguieron entre el crepitar alucinante de las llamas.

Tobbs retrocedió poco a poco, pero sin dejar de mantener la presión sobre el disparador, hasta agotar todo el combustible del depósito. Sabía que nada se había oído desde el exterior y que podía salir de allí tranquilamente, sin peligro alguno.

Lo hizo muy poco después. La calle seguía estando desierta, pues hasta el *sex-shop* había cerrado. La funeraria continuaba abierta, pero a nadie se le había ocurrido, por el momento, convertirse en su

cliente.

Poco después, Tobbs se alejaba velozmente de allí.

Su venganza empezaba a tomar cuerpo. Y el diablo sabía que iba a ser una venganza mucho más implacable que la de Clive.

CAPÍTULO IX

NO BUSQUES TU PROPIA TUMBA

Así cómo había personas que pensaban en la venganza solamente, había otras que únicamente parecían pensar en el perdón, en la caridad, en la conducta civilizada. Por ejemplo, éste era el caso de aquella preciosa mujer llamada Marcia que visitaba de nuevo uno de los hospitales más caros de Nueva York, junto a Riverside Drive.

El administrador susurró:

—Me da vergüenza volverle a cobrar dinero por esto, señorita Marcia. Tengo la sensación de que lo que estamos haciendo es inhumano y de que hemos sobrepasado ya todos los límites. Ese hombre sufre de una manera tan espantosa, que todos sabemos aquí que la muerte sería para él una liberación.

—¿La muerte? —preguntó ella con ojos inexpresivos—. ¿Y qué se puede hacer? ¿Asesinarlo? ¿Acaso no sabemos todos que la eutanasia está prohibida por la ley?

—No se trata de asesinarlo, por supuesto. He hablado ya con el cirujano jefe de planta. En vista de que los analgésicos son del todo ineficaces, puesto que su estómago está siendo destruido poco a poco, hemos pensado en quitarle los tubos de alimentación que le mantienen vivo. No sería un asesinato, sino una simple muerte por... inanición.

—¿Sí? Y si no se llama asesinato a esto, ¿qué otra nombre tiene?

El otro se mordió los labios nerviosamente, sabiendo que no podía contestar.

—Si lo viese quizá cambiaría de opinión —dijo, al fin—. Sus sufrimientos son tan espantosos que no tienen nombre. Sé que usted está guiada por la mejor intención, pero queriendo ayudar a ese

hombre lo está sometiendo a una agonía espantosa. Si usted accediese a que le fueran retirados los tubos... Todos guardaríamos un discreto silencio y la cosa se resolvería por sí sola en veinticuatro horas tal vez. Sería la solución más sencilla...

—Me niego a que se cometa ese crimen —dijo secamente Marcia, por entre sus labios apretados.

—No puede oponerse —amenazó al fin el administrador—. En realidad no sé ni por qué le estamos pidiendo permiso, ¡qué diablos! Usted recogió a ese hombre, lo trajo aquí y paga las facturas, pero no es su representante legal. No puede oponerse a que hagamos con él lo que consideremos necesario.

—No puedo oponerme —dijo ella con voz opaca— pero puedo denunciar el hecho, si ustedes lo cometen, ¿entendido? Soy absolutamente contraria a toda clase de muerte piadosa, aunque parezca que se alivian sufrimientos al enfermo. ¿Quién sabe lo que, en realidad, sucede? ¿Quién sabe si no podemos salvarlo aún? De todos modos —añadió confusamente—, he de pensarlo.

Y fue de nuevo hacia la ventanilla desde la que se pedía ver la habitación.

El espectáculo resultaba dantesco.

Pese a estar la habitación acolchada, los alaridos atravesaban las paredes como una pesadilla.

El sufrimiento de aquel tipo no tenía nombre.

Pero Marcia siguió diciendo tenazmente, mientras movía la cabeza de un lado para otro, con una extraña expresión en sus ojos:

—He de pensarlo...

De la misma forma que Marcia pensaba en el tipo que se estaba consumiendo en un lujoso hospital de Nueva York, un hombre llamado Clive pensaba solamente en deshacer los restos de lo que había sido el imperio de Tobbs. Pero Clive se daba cuenta de una cosa, y era que el cazador estaba a punto de ser cazado. En efecto, después de la salvaje muerte de Baxton, ya no pudo tener la menor duda de que también Tobbs estaba tras su pista.

En efecto, si Tobbs había descubierto quién era Baxton y lo había eliminado, no cabía duda de que también sabía quién era él. Por lo tanto podría buscarlo y acorralarlo en cualquier sitio.

Por eso convenía que se mantuviera al acecho durante un par de días al menos, oculto en algún lugar de la inmensa Nueva York.

Desde aquel escondite, Clive prepararía todos los detalles para asestar un nuevo golpe.

Pero antes quería que Marcia supiese lo que estaba ocurriendo. Y por eso le telefoneó, ya que Clive no podía arriesgarse a volver a la casa de Jamaica Bay, una casa que no solamente vigilaría Tobbs, sino que seguramente también estaría discretamente vigilada por la policía.

En previsión de que el teléfono estuviese intervenido por los hombres de Lekay, llamó desde una cabina pública que estuviese cerca de la boca del Metro. Así podría huir en unos segundos, en el caso de que viese llegar a la policía. Una vez en el laberinto de pasillos del Metro, no le atraparían.

Oyó la vez de Marcia. Y ella reconoció inmediatamente la suya.

—Clive... —musitó.

—¿Hay alguien en la casa?

—No.

—¿Sabes si la vigilan?

—Es posible. Hace poco se han puesto a reparar una antena de televisión en una casa cercana, lo que me parece demasiada casualidad. Supongo que desde allí podrán ver quién entra y sale de este sector.

—No sólo podrán verlo, sino fotografiarlo —murmuró Clive—. Seguro que han instalado unas cámaras fotográficas en esa maldita antena, cámaras que funcionarán incluso durante la noche, por medio de rayos infrarrojos. Además les servirá para recibir bien los sonidos de los micros que han debido instalar en todos los alrededores de la casa.

Marcia susurró:

—¿Tú crees que han llegado al extremo de...?

—No lo creo, sino que estoy seguro. Como también estoy seguro de que intervendrán este teléfono dentro de poco, aunque es posible que no hayan tenido tiempo de hacerlo todavía, porque para eso necesitan autorización judicial. De todos modos voy a ser breve. Quiero decirte que no debes asustarte en absoluto si durante un par de días no oyes hablar de mí.

—¿Vas a salir de la ciudad?

—No. Voy a esconderme para evitar que me atrapen por sorpresa. Luego seré yo quien decida la hora de actuar.

—Clive...

La voz sonaba angustiada. Él preguntó:

—¿Qué?

—Deja esto, por favor. Es una maldita locura. Al fin y al cabo a ti no te importa tanto lo que le pasó a Rossie Burns. ¿No ha sido venganza? Pues entonces... Olvida esto si no quieres visitar tu propia tumba.

—No puedo, Marcia.

—¿Por qué? ¿Hay alguna explicación racional para lo que estás haciendo? ¿Por qué no puedes?

—Parte de la serpiente ha sido aplastada, pero la cabeza de la serpiente todavía está viva.

Se oyó un sollozo al otro lado del cable.

Marcia debía estar llegando al límite de su capacidad nerviosa. La voz pareció llegar de muy lejos, de infinitamente lejos.

—Clive... —susurró—. Yo te quiero. Te quiero...

—Me lo has demostrado, Marcia.

—¿Y eso no significa nada...? —La voz llegaba hasta él con una auténtica y sincera desesperación—. ¿Es que mi cariño puede ser despreciado por una simple venganza, que, además, ya terminó? ¿Por qué no lo olvidas de una vez? ¿Por qué no te vas del país una temporada y luego me reúno contigo...?

La muchacha estaba sufriendo sinceramente. Clive conocía su voz lo bastante para saber que allí no había ficción alguna. En la vida de Marcia había entrado la angustia, y esa angustia no podía ella dominarla ya. La iba aniquilando poco a poco.

—Es imposible —dijo la voz opaca del hombre.

—¿Por qué?

—La policía me persigue, después de aquel domingo de sangre. Además, tengo sobre mis huellas a Lekay, y Lekay es el peor perro de presa que ha puesto sus pies en Nueva York. Si trato de salir de la ciudad, dará conmigo.

—Entonces... ¿qué piensas hacer?

—Te lo estoy diciendo: buscar un escondite dentro del propio Manhattan y luego actuar. Lekay no dará conmigo.

—¿Pero actuar en qué?

Clive dijo sombríamente:

—He de matar a Tobbs.

—Por favor, ol... ¡olvídalo!

—No puedo. Él es el responsable de todo. Es la cabeza de la serpiente que todavía tengo que aplastar.

—Clive, te quiero... ¡déjalo ya! ¡Por favor! ¿Es que mi cariño ya no significa absolutamente nada para ti?

—Significa mucho, Marcia. Hay instantes en que pienso que lo podría ser todo. Pero tengo un trabajo por terminar y lo terminaré.

Añadió con voz metálica:

—Tú serás la única persona que sabrá dónde estoy, pero me comunicaré contigo por algún medio seguro. El teléfono ha dejado de serlo, a partir de este momento, de modo que ya buscaré otro sistema.

Y colgó.

En sus ojos metálicos no había ninguna expresión, ninguna vida. Dejó la cabina velozmente y se introdujo en la boca del Metro que estaba a sólo unos pasos. Una vez allí desapareció por completo.

Clive volvía a ser una mano vengadora que acechaba en la sombra.

Pero ahora sólo una mujer Lo sabía.

Lekay reunió a sus hombres en la sala de conferencias. Todos se congregaron en torno a la mesa mientras presentaban sus informes.

—La falsa antena de televisión ha sido instalada —dijo uno de ellos—. Obtenemos fotografías perfectamente nítidas de todo aquel que entra y sale de la zona, pero Clive no se ha presentado por allí. Marcia, esa amiguita que tiene, no se mueve de casa. Por ese lado no ha habido novedad.

—¿Y los micros? —preguntó Lekay—. ¿Funcionan?

—Perfectamente —informó otro.

—¿Qué se ha recogido?

—Desde hace media hora recogemos incluso las conversaciones que tienen lugar en la casa, de forma que no hace falta pedir autorización judicial para instalar un control. Lo malo es que las conversaciones anteriores no las hemos podido captar, por lo que resulta perfectamente posible que Marcia se haya puesto en contacto telefónico con Clive alguna vez antes de ahora. La conversación que hemos captado hace muy poco era entre Marcia y el jefe clínico de un hospital que está en Riverside Drive. Ella pregunta por un tipo que, al parecer, sufre espantosamente, y que

no tiene ninguna clase de salvación, pero que no acaba de reventar.

—¿No será el propio Clive camuflado? —preguntó Lekay, con rápida suspicacia.

—Voy a comprobarlo —dijo el agente—. Mientras Marcia hablaba, he tomado todos los datos del hospital. Hay que sospechar hasta de lo más absurdo.

Volvió pocos minutos después, mientras los otros agentes estaban completando sus informes.

—No —dijo—, ese tipo lleva allí un tiempo y parece que su muerte es de las más espantosas que se recuerdan. Fue objeto de una venganza atroz, aunque no se sabe por qué ni a qué viene todo eso. Marcia lo recogió en la calle y está intentando salvarle, desde entonces, sin reparar en gastos. Se trata de una mujer caritativa, después de todo. Pero, en fin, eso nada tiene que ver con Clive, jefe.

Lekay se volvió hacia sus hombres.

—Ese hombre será difícil de atrapar porque sabe tanto o más que nosotros —dijo—, pero hay un sistema para dar con él. Por lo pronto he logrado saber qué oficina fue escenario de la masacre de aquel domingo. Se trata de las instalaciones de un tal Tobbs, sobre el cual estoy reuniendo datos. Según lo que sé hasta ahora, es un emigrante inglés que llegó hace unos cinco años, y obtuvo fácilmente carta de ciudadanía norteamericana. Claro que todos esos datos pueden ser falsos, pero son un punto de partida. Y otra cosa es cierta: Clive busca a Tobbs para trincarlo, sea como sea. De modo que si vigilamos a Tobbs encontraremos a Clive, tarde o temprano.

Sus ojos se entrecerraron mientras hacía un gesto de decisión. Uno de sus hombres preguntó:

—¿Se sabe dónde vive Tobbs?

—Sí. En el Sheraton de Central Park.

—Entonces es fácil vigilarle...

—Justamente eso pretendo: que día y noche tenga a alguien encima suyo, aunque con la máxima discreción. No debe notar nada o ahuecará el ala, de modo que nos quedaremos sin pista. Tampoco Clive, si merodea por allí, debe notar en absoluto que hay vigilancia. Tiene que creer que el terreno está libre y por lo tanto dar el golpe. Cuando lo esté dando, caeremos sobre él.

—¿Y si mientras tanto se descubre algo sucio sobre Tobbs y hay

una orden de detención contra él, jefe?

—Doy por descontado que se descubrirá algo muy sucio —masculló Lekay—, porque los tipos que murieron aquel domingo eran todos de la peor especie y no se reunieron allí por casualidad. Tobbs es el jefe de un tinglado miserable sobre el que estoy reuniendo pruebas, pero aunque las tenga no haré nada contra él. Absolutamente nada. De momento es sólo un cebo y me interesa que viva. Una vez haya cazado a Clive me dedicaré a Tobbs, pero Clive es lo primero. Después de las cosas que han sucedido, hay un duelo personal entre él y yo.

Se volvió hacia Marcus, que era su hombre más organizado. Con rápidos gestos desdobló sobre la mesa un gran plano del hotel Sheridan, que ya se había procurado.

—Éstas son las habitaciones que ocupa Tobbs —indicó—. He conseguido que las dos contiguas queden deshabitadas, de modo que las ocuparemos nosotros. En una de ellas se alojarán dos mujeres de la Brigada. En la otra dos falsos maricas, que se estarán peleando durante el día y dándose el pico durante la noche. Tienen que parecer asquerosos e inofensivos a la vez. Ocúpate de ellos, Marcus.

—¿Y dónde los consigo, jefe?

Lekay le miró con odio.

—¿Dónde? ¡Qué pregunta...! ¡La Brigada conoce un montón de tipos raros, idiota! ¡Puedes elegir a cualquiera! ¡Pregunta y te saldrán hasta debajo de las baldosas!

Y dejó aquel asunto por resuelto. Un segundo después se volvía hacia Pierce, un verdadero atleta excampeón olímpico en la especialidad de paralelas. Tenía, además, la ventaja de ser negro. Ese detalle era importante para el trabajo que le pensaba encomendar, porque se trataba de una tarea que en los hoteles, por lo general, no realiza un hombre blanco.

—Vas a convertirte en un limpia cristales —dijo—. Trabajarás en el piso superior, de modo que nunca te vean ni sospechen que existes, pero lo tendrás todo dispuesto para intervenir a la menor señal de alarma. Supongo que saltar de una ventana a otra no representa ningún problema para ti.

—Pregúnteselo a su mujer, jefe —dijo cínicamente Pierce—. Ella vive en un octavo piso, ¿no? Pues ya ve, nunca me ha pasado nada.

Y se largó.

Hizo bien, porque, de lo contrario, quizá hubiese aterrizado con la cabeza rota en un muelle del Hudson. Mientras tanto Lekay, con las facciones crispadas, dio Las últimas órdenes a sus agentes.

—Tiene que ser una operación perfectamente montada —masculló—. No admitiré ningún fallo.

Y mientras miraba el plano del hotel añadió, con los puños apretados:

—Claro que si en el jaleo muere Tobbs, tampoco me importará demasiado. Podéis disparar a matar en cuanto empiece la fiesta. En el selecto menú del Sheraton van a tener que añadir un nuevo plato: Ensalada de sangre...

CAPÍTULO X

CÁNTICOS DE FUNERAL

Barrymore, uno de los jefes de la organización de Tobbs, el que controlaba los negocios en los moteles cercanos a la frontera canadiense, cruzó la calle bajo las finas gotas de lluvia y se introdujo en el «Cadillac» que le estaba esperando a la entrada del estrecho pasadizo. Las luces interiores se encendieron fugazmente al abrirse la puerta y le mostraron el elegante traje negro y las facciones herméticas de Tobbs. Éste dijo con su característica voz aflautada:

—Entra.

Barrymore entró. Se estaba bien dentro del coche, en aquel clima agradable, al amparo de la fina lluvia. Como los limpiaparabrisas no funcionaban, más allá de los cristales no se veía nada. Se frotó las manos y en la semioscuridad miró a Tobbs, aquel hombre tan joven, tan guapo y que había ganado tanto dinero. Lástima que ahora las cosas no marchasen bien y lástima que todos los miembros de la organización estuvieran acabando en el cementerio.

—Te he hecho venir a Nueva York porque hay noticias importantes —dijo Tobbs—. Quizá te sorprenda el que te reciba aquí, pero la oficina de Madison Avenue está muy vigilada y no quiero más problemas. La cuestión esencial es que la policía está tras mi pista y hemos de suspender las actividades, una temporada.

—¿En la frontera también? —preguntó Barrymore—. Allí hay mucho movimiento. La gente se divierte unas horas, se deja unos dólares y vuelve a su país. No veo motivos para que dejemos los negocios ahora que están animados.

—En todo caso toma la precaución de trasladar las chicas —dijo

Tobbs con voz cansada—. Las que están en San Francisco que vayan a la frontera canadiense y viceversa. Procura que la policía no haga ninguna ficha y que no se produzcan escándalos con los clientes. Si hace falta, repartes propinas.

—Bien, Tobbs.

—Por lo demás, no contratéis a gente nueva. Me gusta supervisarla a mí personalmente, y ahora voy a tener que estar una temporada fuera de la ciudad.

—¿Qué pasa? ¿Tan grave es el asunto?

—Simple precaución —dijo Tobbs—. Mientras Clive esté por aquí, no me conviene tener actividades.

Barrymore hizo un gesto afirmativo y contempló el panorama gris-negro que se extendía más allá del parabrisas. Una sensación confortable le invadió. Con un gesto de complacencia dijo:

—No hay que preocuparse. Las cosas se harán bien.

Se puso un cigarrillo entre los labios, pulsó el encendedor automático y cuando éste estuvo al rojo fue a sacarlo. Pero el encendedor salió disparado con excesiva fuerza, resbaló junto a los dedos de Barrymore y saltó materialmente al pecho de Tobbs. Barrymore lo alcanzó allí enérgicamente, con un gesto parecido al que hacemos cuando aplastamos un mosquito.

—Podrías ir con más cuidado...

—Sí.

Y los dos se quedaron mirando.

Fijamente.

Había algo en aquellos ojos que atravesaban las sombras, que taladraban la piel.

Y de pronto Barrymore sonrió.

—Pues vaya... —dijo, pues vaya...

La cuchillada le atravesó la garganta.

Un espantoso chorro de sangre saltó al aire, inundando la tapicería. Barrymore, de una forma instintiva se echó hacia atrás y fue a salir del coche, pero ya no tuvo tiempo. La segunda cuchillada le alcanzó de lleno en el corazón. La tremenda hoja de acero casi le dejó materialmente clavado en la portezuela.

Tobbs arrancó el cuchillo poco a poco.

Ahora eran sus labios los que estaban distendidos en una suave sonrisa. Con un gesto lleno de delicadeza limpió el acero en las

ropas del muerto. Luego lo dejó allí y salió por la portezuela del lado del conductor, haciendo una mueca de desprecio.

—¡Ojalá te lleven a ti también al desguace! —masculló—. Al menos podrán aprovechar las fundas de los dientes, guarro...

Y se alejó entre las sombras, en medio de la fina lluvia. Unos minutos después, entre el silencio de la noche de Nueva York, se había desvanecido como un espectro.

El teléfono sonó insistentemente en la elegante residencia de Marcia, en Jamaica Bay. La preciosa muchacha se puso al teléfono.

—¿Quién es? —preguntó.

—Señorita, es el hospital privado de Quincey. Está usted hablando con el médico-jefe Nicholson.

Ella tensó los dedos sobre el auricular.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Su protegido ha muerto.

—¿Qué?

—La muchacha había contenido la respiración. Sus dedos estaban tan crispados sobre el auricular que se volvieron blancos.

—Digo —murmuró la voz del médico— que su protegido ha muerto. Me refiero al hombre que usted recogió en la calle y que nunca fue capaz de hablar. ¿Cómo iba a ser capaz, si su agonía la ha pasado en un terrible y continuo alarido?

—Pero Los calmantes... —musitó ella.

—¿De qué calmantes habla? Cuando uno tiene verdaderos erizos en el estómago, unos erizos que se van clavando las púas poco a poco, no hay calmantes que valgan. Se trata de un suplicio que ni los tiburones resisten. ¿Cómo va a resistirlo un hombre? Sus últimas horas han sido tan espantosas, que me resisto a recordarlas. Lo curioso es que...

Ella entrecerró un momento los ojos.

—¿Qué? —musitó.

—Él la había visto, a veces, a través de la mirilla, cuando usted le hacía aquellas visitas.

—Sí, ¿y qué?

—Se asustaba.

Marcia apretó un poco los dedos sobre el auricular.

Habían blanqueado del todo.

—Sí —musitó—. Es curioso.

—Perdone si la he molestado con esta observación, señorita.

—No, no me ha molestado. ¿A qué hora es el entierro?

—No lo enterraremos sí... si usted lo permite.

—¿Qué quiere decir?

—Nos gustaría utilizar su estómago para estudio. En fin, ya sabe, abrirlo y...

—¿Y qué? —preguntó ella, apretando los labios.

—Bueno... convertirlo en tiras para irlo estudiando, ya se sabe. Se trata de un caso único en la historia de la Medicina. Reconozco que es desagradable hablar de eso, pero... En fin, lo que sobra, se quema.

—¿Tienen horno?

—Sí, claro.

—Pues entonces, háganlo. Pero oiga... Una cosa...

—¿Qué?

—La cabeza, dejen que entierre la cabeza.

La voz sonó pastosa al otro lado del hilo.

—Como quiera, señorita Marcia.

—Gracias. Vendré a buscarla.

El auricular fue colgado. Al otro lado, en el despacho del lujoso hospital Quincey, el médico jefe colgó también.

Marcia tenía la cara completamente inexpresiva.

CAPÍTULO XI

ENCERRONA CON SANGRE

Aquel individuo llamado Tobbs estaba muy lejos de saber que en la planta del Sheraton donde tenía una habitación alquilada para pasar algunas noches, los hombres de Lekay contaban con sus mejores piezas de artillería, dispuestas para disparar. La noche después de la espantosa muerte ocurrida en el hospital de Quincey, su silueta alta y elegante cruzó la Séptima Avenida a la altura de Central Park, y se encajó bien el sombrero, porque caía una fina lluvia, antes de penetrar en el hotel. Todo estaba perfectamente normal y no hubo ningún detalle que le pusiera alerta.

Los hombres de Lekay lo tenían todo magistralmente dispuesto. Uno de ellos fingía ser un ascensorista. Cuando vio venir a Tobbs, cuya descripción le habían dado perfectamente, hizo sonar un pequeño pulsador que llevaba bajo el uniforme. El sonido no se produjo allí, sino que se transmitió tenuemente a otro aparato de radio que estaba en poder de Lekay. Éste había alquilado otra de las habitaciones en la misma planta de Tobbs y captó al instante la llamada.

Se acercó a una especie de dictáfono que tenía sobre la mesilla.

—Va a subir —dijo—. Todos alerta.

Cada uno de sus hombres llevaba tras el pabellón de la oreja derecha un pequeño aparato que parecía un audífono para sordos, pero que era, en realidad, un receptor tan pequeño como perfecto. Instantáneamente, al captar la señal, se pusieron todos en movimiento y ocuparon sus puestos.

Claro que sabían que no tenían que atacar, todavía.

Seguro que Tobbs iba armado y hubiera sido una tontería enfrentarse, ahora, a él, cuando podía defenderse. El ataque tenía

que llegar sobre las cuatro de la madrugada, cuando estuviera durmiendo.

La figura llegó ante la habitación.

Pero se equivocó de puerta.

Siempre lo hacía. De ese modo podía saber la mayor parte de las veces quién ocupaba la pieza contigua.

Y vio que, ahora, habían cambiado los inquilinos.

Los dos falsos maricas se estaban dando el pico.

Era un espectáculo digno de verse. Tobbs apretó los labios y dijo con una mueca.

—Perdonen.

Cerró la puerta y entró en su verdadera habitación.

Inmediatamente los dos falsos maricas se separaron con una mueca de asco. A ellos les gustaban las tías y no aquello, pero uno nunca sabe lo que tendrá que hacer en este mundo para ganarse los dineros del contribuyente.

—Le estabas poniendo demasiada salsa a la cosa —dijo uno de ellos.

—Y tú, marrano. Ni que te gustara...

—Bueno, ahora el pájaro lo tenemos aquí. Habrá que esperar las órdenes de Lekay.

—¿Y si hacemos un poco de ruido para que crea que todo es normal?

—No hay inconveniente.

Pusieron música, arrastraron butacas e hicieron ruido de vasos. Había que dar la sensación de que nada pasaba, mientras llegaban las horas de la madrugada, momento elegido para atacar.

Ignoraban, de todos modos, que Tobbs no pensaba quedarse allí la noche entera. La habitación del Sheraton le servía para recibir algunas visitas que no le convenía fuesen a su oficina, pero ante las que quería rodearse de un ambiente respetable como el de aquel hotel. Del mismo modo tenía otras habitaciones similares alquiladas en diversos puntos del país, de modo que la policía, si algún día daba con su pista, no supiera bien dónde localizarle.

Como siempre que entraba en aquel sitio, el llamado Tobbs puso en marcha una serie de precauciones, además de la que ya había usado de equivocarse de habitación. La primera de esas precauciones consistió en abrir un poco la ventana y situar en el

alféizar, cara arriba, un espejo del tamaño similar a la del retrovisor de un coche. De ese modo, desde el mismo interior de la habitación, podía ver si ocurría algo anormal en los pisos superiores de la fachada del hotel.

Y se dio cuenta de que, en efecto, ocurría algo anormal.

La garita de un limpiacristales estaba colgada, justamente, sobre su ventana. Y no era lógico de ninguna manera que se limpiasen cristales a aquella hora.

Sus dedos temblaron un momento. Retiró el cristal. Los dos tipos en la habitación de al lado y el otro arriba eran una prueba demasiado evidente.

Salió de allí con la mayor tranquilidad del mundo, pero manteniendo los dedos crispados sobre la culata de la «Luger» que llevaba en uno de sus bolsillos. Por la escalera fue al piso superior, hasta la habitación que daba justamente encima de la suya.

Desde allí tenían que ver a la fuerza al limpiacristales.

Y estaba deseando saber quién ocupaba aquella habitación.

Giró el pomo. Estaba cerrada.

Golpeó con los nudillos.

Un hombre le abrió. Parecía inofensivo y tenía aspecto de viajante de comercio, pero unos ojos expertos habían de notar a la fuerza que la funda axilar formaba un bulto demasiado sospechoso debajo del lado izquierdo de la americana. Para que nada faltase, había otro tipo haciendo solitarios dentro de la misma habitación.

Tobbs musitó:

—Perdone, ¿el señor Reagan?

—No, no es aquí.

—Disculpe, ya veo que me he equivocado.

El tipejo que tenía aspecto inofensivo cerró en silencio la puerta, con una sonrisa de conejo. Pero apenas lo había hecho, llamó enseguida a Lekay por el teléfono interior.

—¡Jefe, ha estado aquí! ¡Está dando demasiadas vueltas! ¡Seguro que sospecha algo, porque se ha oído la encerrona!

Mientras tanto, Tobbs no había perdido ni un segundo. Subió todavía otro piso por las escaleras de incendios. Llegó a la habitación que estaba a dos pisos por encima de la suya, y a un piso justo por encima de la garita del falso limpiacristales.

Llamó con los nudillos, pero esta vez no le contestó nadie. Los

ojos de Tobbs brillaron. Había tenido suerte.

Con una ganzúa, abrió fácilmente aquella habitación, que estaba vacía, y se dirigió a la ventana sin encender las luces. Por delante, vio pasar el cable metálico que sostenía la jaula del limpiacristales. Le bastó asomarse un momento y mirar hacia abajo para ver al hombre que acechaba allí.

Siguió, sin perder un instante. Dos rápidas balas de la «Luger» con silenciador bastaron para segar limpiamente el cable. La jaula con su ocupante se vinieron abajo desde nueve pisos de altura.

Un terrible alarido rasgó la noche.

Inmediatamente después, los dos hombres que estaban en la habitación de abajo. —El que hacía solitarios y el que parecía un viajante inofensivo— se acercaron a la ventana para saber qué infiernos estaba ocurriendo. Y lo supieron enseguida, porque en el otro mundo se sabe todo. Tobbs les clavó, desde el piso superior, dos balazos en la nuca.

Uno de los cuerpos quedó doblado en el alféizar, pero el otro se vino abajo a causa de la terrible fuerza del proyectil. Tobbs corrió, entonces, hacia la salida de la habitación, porque sabía que tardarían sólo un par de minutos en localizarle allí. Pero ese par de minutos era todo lo que necesitaba para salir del hotel en que hubieran debido acorralarle. Estaba jugando hasta el límite la única carta que podía jugar.

Aquella carta consistía en crear una confusión diabólica en el Sheraton. Mientras los hombres de Lekay corrían de un lado a otro buscando a un enemigo que ya les había hecho tres muertos, ese enemigo se les escurría de entre los dedos.

Tobbs sabía que no podía usar la escalera de incendios, y la verdad era que tampoco la necesitaba. Para escapar de aquella encerrona, como había escapado de otras muchas, le bastaba con algo más sencillo.

Sólo necesitaba una habitación que no estuviera vigilada. Y dos minutos de tiempo.

Encontró lo que necesitaba en una de las piezas de servicio, donde se apilaba la ropa limpia. Mientras por todas partes se oían gritos y timbrazos, no era fácil que allí acudiese nadie. Por eso Tobbs se puso a actuar.

Lo primero que hizo, fue quitarse el sombrero.

Y se revolvió el pelo.

Había que ver lo que cambiaba aquel pelo cuando dejaba de estar peinado a la manera masculina, para convertirse en una masa sedosa, rizada y suave, que caía en dos leves mechones sobre las orejas.

Luego se quitó la americana y la camisa.

Debajo quedó una cosa esponjosa y suave. Era un niqui semitransparente. Un leve tirón a las gomas que oprimían y disimulaban los senos, dejó a estos libres.

Los pantalones también volaron.

La falda flexible que estaba doblada sobre las caderas descendió. Cubrió las piernas que, con las ropas masculinas, parecían terminar en unos calcetines, pero que, en realidad, estaban enfundadas en unas medias negras.

Lo único que no encajaba, ahora, eran los zapatos, pero eso tenía fácil arreglo. De los bolsillos de la americana que había quedado tirada en el suelo, los dedos femeninos extrajeron dos tacones supletorios a la medida exacta de los que había en Los zapatos. Una leve presión hizo que quedaran acoplados. De ese modo, los zapatos, que tenían ya una forma estudiadamente neutra, pudieron pasar perfectamente por los de una mujer.

El cambio era perfecto.

Ahora podía pasar por delante del propio Lekay sin que éste llegase a imaginar siquiera que se trataba de Tobbs.

Marcia envió al aire una risita sardónica.

Y avanzó hacia la puerta.

CAPÍTULO XII

EL LARGO GRITO DE LA NOCHE

Iba a hacer girar el pomo cuando escuchó aquella voz.
Era una voz que parecía surgir del fondo de las paredes.
Del fondo del silencio.

Del fondo de su propia alma.

Aquella voz que había oído miles de veces.

La que había escuchado en lo más profundo de su amor y, al mismo tiempo, en lo más profundo de su odio.

Clive musitó:

—No lo he sabido con certeza hasta que aquel hombre acabó tan espantosamente sus días en el hospital, Marcia.

Marcia volvió la cabeza, poco a poco. De repente, sus ojos se habían hecho pequeños, crueles y penetrantes como dos puntas de acero. Los dedos se acercaron a la «Luger» que había dejado, poco antes, sobre una pila de mantas.

Marcia no entendía cómo Clive podía estar allí. Cómo había adivinado, hasta aquel punto, sus movimientos. Cómo infernos era posible que ella no lo hubiera visto antes...

—Te he seguido hasta el momento de disparar sobre el cable que sostenía la jaula —explicó él, contestando a las preguntas que Marcia se formulaba—. Luego he comprendido que no podías meterte más que aquí y aquí te he aguardado. Era la única habitación que sabrías con seguridad que iba a estar vacía.

Marcia había palidecido mortalmente, pero no era de miedo. Era de sorpresa. Era de incredulidad. Era de decepción también, puesto que Clive nunca podría sospechar hasta qué punto aquella vida de mujer quedaba rota.

—¿Pero cómo supiste que aquel hijo de perra que estaba

agonizando...? —barbotó—. ¿Por qué?

—Por eso precisamente —contestó él, con voz helada—; porque era un hijo de perra. Cuando resolví vengar a Rossie Burns, tuve que repasar en un tiempo récord miles de fichas de violadores, de proxenetas, de sádicos, de traficantes de carne humana... Uno de ellos era aquel tipo. Se le daba como en paradero desconocido, puesto que nadie imaginaba que pudiera encontrarse en un hospital de la misma Nueva York, y, además, un hospital de lujo. En su ficha constaban algunas de las violaciones que había cometido, así como nombres de las chicas que explotó durante un tiempo. Una de ellas coincidía curiosamente contigo, la muchacha con la que yo vivía, pero por el momento ni atravesó por mi mente la idea de que pudieras ser realmente tú. No. Ni lo soñé... Pero, por el simple deseo de llevar adelante la investigación que tenía entre manos, seguí los hilos que dejaba abiertos aquel caso olvidado y archivado en un fichero, que ya nadie consultaba. Ésos hilos me llevaron a cierta casa donde aquel tipo había vivido, y cuyos habitantes eran unos cómplices que guardaron silencio hasta que les abrí la boca matando a uno de ellos en presencia de los demás. Me dijeron que a su amigo se lo había llevado una mujer, aunque no sabían quién. No me cupo ya duda de que aquel tipo había caído en una trampa.

Marcia hizo una mueca. Sus labios dibujaron una tenue, casi una imperceptible sonrisa. No cabía duda de que aquel recuerdo le gustaba.

—Seguí de nuevo el hilo —dijo quedamente Clive—, y hallé la pista de un hospital de lujo de Riverside Drive. Reconozco que tuve suerte, porque en circunstancias normales esa investigación me hubiera costado mucho más tiempo, pero la verdad es que esa suerte consistió en el hallazgo de una importante factura que tú pagabas a un hospital. ¿Por cuenta de quién? ¿Y por qué? Una elemental curiosidad me llevó allí. Y estuve a punto de quedar mudo de horror al comprender todo el alcance de tu implacable, de tu espantosa venganza. Habías llevado a aquel hombre allí... ¡porque sabías que no le dejarían morir! ¡Porque así su agonía sería más espantosa! ¡Porque duraría meses enteros! A veces no hay nada tan cruel y espantoso como la ciencia, y tú lo sabías bien. Por tu mente había pasado la idea de la venganza más siniestra, perfecta, cruel y completa que una mujer podía maquinarse. Te dabas el gusto

de ver a aquel tipejo deshacerse lentamente ante tus ojos... ¡y encima, te daban las gracias y te llamaban buena persona! No... no es que a mí me pareciera mal eso, teniendo en cuenta lo que aquel hijo de la gran zorra había sido, pero me di cuenta de una cosa que me abría nuevas y alucinantes perspectivas: aquel hombre debía haberte violado a ti. Y debía haberte explotado luego. De otro modo no tenía sentido tu venganza.

Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo con un gesto como de cansancio, como de impotencia, y luego continuó en voz baja:

—Eso me hizo admirarte y quererte más por un lado, porque para unirme a mí tenías que haber vencido la repulsión que te habían de inspirar todos los hombres. Y, en efecto, me di cuenta de que eso era cierto: odiabas a todos los hombres, menos a mí. Y manejabas mucho dinero, un dinero que no acababa de corresponder a tus negocios y a tus viajes. Confieso que no sospechaba nada aún y que nada te dije, pero a la fuerza hube de mirarte bajo una nueva dimensión. ¿Cuáles eran, de verdad, tus actividades? ¿Por qué llevabas siempre el pelo muy corto? ¿Por qué tenías muy bien guardado un pequeño resorte metálico de los que se pueden aplicar en la garganta para disimular la voz? ¿Y si en algunos sitios y de manera circunstancial, FUERAS UN HOMBRE?

La voz de Clive era ahora amarga, lenta. Era una voz en la que parecía flotar su propio réquiem. Acercándose un paso a ella, musitó:

—¿Qué pasaría si tú te hubieras dado cuenta, mientras te explotaban, de que con eso se podía ganar una cantidad de dinero asombrosa? ¿Qué pasaría si hicieses a otras el daño que te hicieron a ti? ¿Qué pasaría si hubieses aprendido demasiado? Eran pensamientos inconexos, pero que empezaron a tomar forma cuando murió salvajemente quemado mi amigo, el anticuario, en una dirección que tú podías haber conocido mejor que ninguna otra persona del mundo. A partir de ese momento, sospeché la verdad, pero te juro que la pena me devoraba. ¿Por qué tú, y precisamente tú? El deseo de acabar de vengar a Rossie Burns lo tenía clavado en el alma, pero, al mismo tiempo, me destrozaba la idea de hacerte daño a ti. Por fin resolví asegurarme, seguirte, convencerme... Por eso te llamé para decir que me escondía. De ese modo no podías sospechar que estaba tras tus huellas. Y las huellas me han traído

hasta aquí...

Ella había cerrado los ojos.

Tenía la «Luger» apretada en sus dedos trémulos.

Clive la miraba fijamente.

Con una media sonrisa helada en sus labios secos.

—No llevo armas —susurró—, y te juro que no me importa lo que pueda suceder. ¿A qué aguardas? Dispara...

Marcia apretó los labios.

Había algo extraño en sus ojos.

Una luz mortecina, un resplandor que se extinguía segundo a segundo.

Por todas partes se oían gritos. Las pisadas llenaban ya aquel pasillo del hotel. Había perdido los dos minutos preciosos, el tiempo vital que necesitaba para salir.

Clive insistió:

—Hazlo tranquilamente. A Lekay no le dolerá. Sé que si llega a atraparme, no le quedará más remedio que dejarme libre antes de pasar por el fiscal del distrito, porque no le interesa que salgan a la luz muchas historias de los fracasos de la policía, pero lo mejor para él sería que yo apareciese muerto. Anda... Hazlo de una vez...

Marcia sonrió.

Era una sonrisa extraña la suya. Era metálica. Era nostálgica y dulce a la vez.

—En el fondo, tu problema ha sido el mío —musitó—. Sabía que eras mi implacable enemigo, pero sabía, también, que eras el único hombre del mundo al que no podía matar. Como no puedo hacerlo ahora...

Y se movió adelante. Clive no pudo preverlo y, por lo tanto, no pudo evitarlo tampoco. Aquel movimiento inexplicable le atrapó del todo desprevenido porque él esperaba su propia muerte y no la muerte de Marcia.

Ella rompió con el cañón de la «Luger» el cristal de la estrecha ventana y se arrojó al vacío. Su cuerpo dio una espectacular vuelta en el aire, mientras Clive se estremecía de horror. Luego se estrelló en el asfalto, diez pisos más abajo. Fue un funeral por todo lo alto.

Y, sin embargo, no había lanzado un grito.

Clive recogió la americana y los pantalones que ella había arrojado al suelo, los envolvió en la camisa y lo depositó todo en un

gran cesto de mimbre que estaba lleno de ropa sucia. Pasarían semanas antes de que se descubriera que aquello no pertenecía a ningún huésped del hotel, y a partir de ahí se perdería para siempre la pista. La «Luger» que ella había soltado al caer, y que estaba en el alféizar de la ventana, sí que era una prueba concluyente. Pero la depositó en un sitio donde no la encontrarían en muchos años: en el depósito de agua del WC contiguo; depósito que estaba situado muy cerca del techo. Luego se dirigió calmadamente hacia la puerta, cuando Lekay, al frente de sus hombres, la estaba derribando, ya. Media docena de revólveres apuntaron directamente a Clive.

Pero éste se había puesto tranquilamente un cigarrillo en sus labios.

—¿Fuego, inspector? —preguntó.

Lekay no le dio fuego ni le dio tampoco una patada en las ingles, que era lo que deseaba. Simplemente, le colocó las esposas, aunque sabía que eso iba a durar muy poco tiempo, mientras barbotaba:

—¿Pero qué diablos ha pasado aquí? ¿Quién se ha arrojado por la ventana?

Clive dijo, sintiendo que se le ahogaba la voz:

—Nadie. Habíamos pasado temporadas juntos, pero era una desconocida...

Y salió de la habitación sin volver la espalda.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

